

Shamil, el domador de pájaros

Qamar bint Sufan

El libro “Shamil, el domador de pájaros”, es el relato de unos hechos que son, en esencia, reales y suceden en un mundo real. La intención al escribirlo es abrir una pequeña puerta, a través de la cual, el lector pueda percibir un paisaje distinto al suyo habitual, o confirmarle la existencia, de aquel que ya sospechaba que existía. Por eso, el contenido del libro se ha estructurado, como esas cajas chinas que siempre guardan algo por descubrir. Cuando ya creemos que está todo descubierto en ellas, las movemos y oímos un sonido casi apagado, diciéndonos que allí queda algo. Solo necesitamos paciencia y tiempo para encontrarlo.

Dedicatorias

Al Sayh al-Akbar. (Que su santidad sea aumentada). En la época de oscuridad, cuando yo aún no tenía discernimiento, él me tomó de la mano para entrar en la vía de la luz. Si alguna cosa hago y digo atinada, él me ayudó con su palabra. Si alguna vez el espíritu se me ensancha, él lo favorece. Me trajo a la vigilia y no dejó que me durmiera. Volvió sus ojos hacia mí, que no soy nada.

Todos los días de mi vida le honraré y acudiré a su consejo.

A Sufan, el leal, el que retorna.

A toda la Comunidad, que me recuerda tan vivamente la futilidad de las ilusiones.

Prefacio

El libro “Shamil, el domador de pájaros”, es el relato de unos hechos que son, en esencia, reales y suceden en un mundo real. La intención al escribirlo es abrir una pequeña puerta, a través de la cual, el lector pueda percibir un paisaje distinto al suyo habitual, o confirmarle la existencia, de aquel que ya sospechaba que existía. Por eso, el contenido del libro se ha estructurado, como esas cajas chinas que siempre guardan algo por descubrir. Cuando ya creemos que está todo descubierto en ellas, las movemos y oímos un sonido casi apagado, diciéndonos que allí queda algo. Solo necesitamos paciencia y tiempo para encontrarlo.

La aventura de Shamil es una aventura interior. Todo sucede en él mismo, por eso, la actividad cotidiana, los sucesos que no son clave para el desarrollo espiritual, no aparecerán en las páginas; eso da como resultado, una lectura no lineal, difícil y a veces desconcertante. Estas dificultades debidas a las rupturas literarias y al lenguaje críptico, tienen como objeto, obligar a la persona que lo lea, a realizar un esfuerzo consciente para encontrar y comprender las claves -a veces ocultas y a veces evidentes- en el lenguaje y en los hechos.

Frases sueltas, lugares imprecisos, personas de las que solo sabemos su nombre; y algunas, de las que no sabemos ni eso; la rapidez con la que se suceden algunos hechos y la densidad de algunos diálogos, debe llevar a la persona que lo lee, a realizarse una serie de preguntas ordenadas, que

activen sus centros de comprensión autónoma.

Puesto que el desarrollo depende, más de la aprehensión de la realidad, que de la lectura en sí misma, y que para trabajar en todas las posibilidades de la persona, es necesario conjugar en ella todas las fuerzas contrarias; por eso, cada lector será un campo de batalla, en el cual, los contendientes son sus mismas fuerzas. El combate, el campo dónde se libra y los contendientes, forman un núcleo inseparable, un enigma cuya única solución es la victoria.

Dado que no es un libro de literatura recreativa, ni de filosofía especulativa; y dado así mismo, que no es un tratado religioso, ni tiene un corpus doctrinal, solo se puede tomar como una posibilidad de trabajar sobre sí mismo. La intención es, destruir en el lector que busca su individualidad, las certezas arraigadas en la psique a través de las costumbres y el desconocimiento de sí; llenarlo de dudas, tantas, que lo suman en el desconcierto y lo hagan clamar buscando en su interior.

Ojalá el Bien nos ilumine.

Qamar bint Sufan

Capítulo 1: La higuera

El que no tiene Momento se ve privado de él solamente durante su tiempo de perturbación, mientras está dominado por su naturaleza animal, pues no hay posibilidad de que se abra la puerta del mundo invisible y sus secretos mientras el corazón los está anhelando. Lo mismo que sucede con las puertas del conocimiento de Dios, no se abren mientras el corazón está pendiente de las cosas del mundo, tanto visibles como invisibles.

Ibn al-Arabi

El pueblo de Shamil está entre montañas áridas, es pequeño, apenas unas cuantas casas de tierra ocre asomándose al borde de un barranco. Durante el verano, el sol agrieta las paredes y reverbera en las piedras de las calles. La vida se hace lenta, y la gente busca la sombra y el frescor de los patios. En el centro, hay un edificio para la oración, el único encalado; su blancura brilla como una perla en una corona de oro.

Shamil es devoto y piadoso, se sabe el Libro de memoria, palabra a palabra, letra a letra.

Cuando amanece, después de la oración, baja a los campos -unos pequeños sembrados arrancados a la aridez de la montaña-. Él, su padre y sus hermanos, trabajan toda la mañana; por la tarde toman té junto a los amigos y hablan una y otra vez de las mismas cosas. No suele frecuentar las reuniones de ociosos. Estudia continuamente porque no tiene tiempo libre ni horas que perder. Aislado en su casa, en una pequeña habitación al fondo, lee todo lo que cae en sus manos: libros, periódicos, hojas sueltas de temática muy variada; todo lo que puede conseguir con gran esfuerzo y paciencia. Algunos de estos tesoros, vienen entre las mercancías de los comerciantes que pasan por allí de vez en cuando, otros, los encarga a vecinos que viajan a la ciudad. Está feliz por ser un hombre, por haber nacido en el grupo adecuado, en el favorecido. Pensaba que ser mujer hubiera sido un castigo y una carga difícil de llevar. Shamil creía que las mujeres son seres domésticos y necios, nunca se sabe que piensan, observan detrás de sus velos con mirada astuta que él no sabe descifrar. Le daban miedo. Esos seres estúpidos y recelosos no podían ofrecerle nada. No las odiaba, ni siquiera las despreciaba. Cuando llegaban a casa él y sus hermanos, los suelos estaban barridos y rociados, la

ropa limpia y doblada, el trigo molido y la comida humeando sobre la bandeja. Después -como fantasmas- la madre y las hermanas, dejaban sobre la alfombra los vasos de cristal, la tetera y el manojo de hierbabuena. Desaparecían en la cocina o en la habitación contigua, donde seguían trabajando.

Él era aún joven y no quería tomar esposa, no, hasta que encontrara remedio a su vacío interior, no, hasta que consiguiera apagar ese fuego interno que amenazaba con consumirlo. Cuanto más estudiaba, más cosas quedaban fuera de su alcance. Tenía conocimientos sobre cosas muy diversas, pero intuía que, detrás de todos esos datos, se le ocultaba – como en un cofre secreto que aún no había abierto- un manantial del que no había bebido. Cuantas más historias oía y más estudiaba, más grande era su desesperación. Creía que en todo el pueblo no había nadie que supiera algo que él a su vez desconociera.

Un día de otoño se encontraba sentado al borde del camino, bajo una higuera, mirando con los ojos entornados a la gente que entraba y salía del pueblo. Le sorprendió la presencia de dos viajeros a los que no había visto antes. Dos hombres desconocidos para él, se detuvieron y le saludaron. Se sentaron a la sombra del único árbol que había a lo largo de un buen trecho de camino.

-¿Venís del pueblo? -preguntó Shamil.

-Sí -contestó uno de ellos con una voz cálida y serena.

-¿Sois de aquí?

-No.

-¿Tenéis familia?

-No.

El muchacho se calló porque le pareció que ya había preguntado demasiado, hasta llegar a ser descortés. Los dos hombres lo miraban con una sonrisa. A Shamil le pareció que le invitaban a seguir preguntando, pero no se atrevió.

-Aquí no hay muchas cosas interesantes para visitar -observó Shamil, con cierta desgana.

-Te equivocas, si que las hay -contestó uno de los viajeros mientras miraba a Shamil fijamente.

-¿Si? ¿Qué hay?

-Depende de lo que quieras... o de lo que necesites.-le dijo el hombre sin dejar de mirarlo.

Shamil empezó a interesarse por el giro que estaba tomando la conversación. Sentía una enorme curiosidad y, a la vez, confiaba instintivamente en aquellos forasteros.

-¿Y si yo necesitara algo muy especial...?. Algo así como...

-¿Un guía? -preguntó riendo uno de los viajeros.

Shamir los miró con la boca abierta por la sorpresa.

-¡Si, eso es!... ¿Eres un sabio?

-¡Oh no! -rió el hombre divertido ante la observación.

-Entonces... ¿cómo lo sabes?

-Porque es muy evidente, aunque, tal vez no te sea de provecho aún. Tal vez no estés preparado todavía y, tal vez nunca lo estés.

-¿Cómo puedes tú saberlo?. He estudiado. Sé muchas cosas. Cumpló todas las reglas. Soy un fiel cumplidor.

-¿Eres observador?

-Eso no tiene nada que ver.

-De todas formas ¿lo eres?

-Si. Creo que sí... bueno, estoy seguro.

-Sin embargo, en tu mismo pueblo, apenas unas calles más abajo de donde has vivido toda tu vida, tienes lo que tu crees que necesitas tanto y no lo has visto.

-¿Es posible?. Yo conozco a todos los hombres nobles de mi pueblo, a todos los piadosos, a todos los sabios, pero ninguno es el que busco.

Los dos hombres movieron la cabeza divertidos con la observación del muchacho y se levantaron para seguir sus caminos. Saludaron a Shamil y poco a poco se fueron perdiendo dejando un rastro azulado a su paso, el de sus mantos ondeando en el aire suave de la tarde.

Shamil se quedó perplejo. El corazón le latía velozmente. Se apoyó contra el tronco de la higuera y respiró profundamente y despacio. Se tomó un tiempo para poner en orden sus ideas y asumir el encuentro con los dos hombres que acababan de irse. La felicidad y el miedo lo embargaron por igual.

Pensó que aunque no le hubieran dado una dirección, ni datos concretos para encontrar a esa persona, le sería fácil, puesto que, el pueblo era pequeño y los dos extranjeros no habrían pasado desapercibidos. Preguntando en la plaza se enteraría del lugar dónde habían estado. Él también se presentaría allí, y si estaba el hombre noble, seguramente lo aceptaría. De todas formas, le parecía increíble tal posibilidad.

Capítulo 2: El encuentro

*Cada forma que ves tiene su arquetipo
en este mundo desplazado;
si la forma muriera no importaría
pues su original es eterno.
Las bellas efigies que has visto, las profundas
palabras que has oído,
no te desanimes si perecen; pues no es así.*

*Por cuanto el manantial es inmortal, de su fuente
brotaba agua continuamente;
ya que no pueden cesar, ¿por qué te lamentas?
concibe el Alma como una fuente,
y las cosas creadas como ríos:
Mientras fluya la fuente, de ella corre el río.*

Jalaluddin Rumi

El patio de la casa no era muy grande, tenía un pórtico alrededor y en el centro una pequeña fuente borboteaba un hilo de agua cristalina. El frescor y el aroma de los jazmines lo invadían. Sentados frente a Shamil, bajo el pórtico, recortándose sobre la pared de color azafrán y sobre un banco de madera, dos hombres jóvenes y un anciano tomaban té en silencio. Al lado de éste grupo, sentadas también sobre un banco de madera, dos mujeres hablaban en voz alta y reían. Una de ellas era muy joven, no llevaba velo y se podía ver su cabello rojizo y muy corto, repeinado hacia atrás dejando al descubierto un rostro de tez aceitunada, en el que destacaban unos ojos grandes y oscuros. Vestía una falda larga adornada con un bonito estampado, una camiseta de color claro y un collar de cuentas de ámbar. La otra mujer era de mediana edad, piel muy blanca y ojos verdes y vivaces, -a Shamil le recordaban los ojos de los fumadores de hachís-, llevaba el pelo castaño recogido hacia atrás con peinetas de concha y vestía totalmente a la moderna: pantalón vaquero y un jersey fino de punto azul-celeste.

Shamil estaba sorprendido. Él había acudido allí para ofrecerse humildemente al maestro que tanto le habían aconsejado. Él sólo quería ser discípulo de ese gran maestro. Se preguntaba cómo era posible que ningún discípulo acudiera para hacer callar a las dos mujeres que parloteaban, o mejor aún, echarlas fuera de allí. ¿Qué harían en aquel lugar?. De vez en cuando, la mujer de más edad miraba a Shamil y a los otros hombres. Era una mirada fugaz, como al descuido, pero Shamil sabía que esa fracción de tiempo era suficiente para descifrar el mapa de sus corazones.

Esa mujer le resultaba especialmente molesta, parloteaba, reía, contaba hechos absurdos y divertidos con voz alegre y despreocupada.

Los tres hombres que tomaban té, impasibles, entornaban los ojos y miraban a Shamil con insistencia.

Cansado y molesto, se levantó y se dirigió rápidamente a la salida. La mujer de los ojos verdes lo llamó por su nombre:

-¡Shamil!

Shamil se paró en seco sorprendido y se volvió. La mujer le sonreía y le miraba fijamente mientras avanzaba hasta situarse junto a él.

-Has venido a buscarme después de mucho tiempo y fatigas. No te vayas sin saber qué te llevas.

-No, yo no he venido a buscarte a ti. Yo no he venido a buscar a nadie. Solo quería ser discípulo del maestro -contestó el muchacho veloz y molesto evitando cualquier posible familiaridad con esa mujer.

Con un movimiento rápido le volvió la espalda e hizo ademán de marcharse de allí cuanto antes mejor.

La mujer se rió divertida y jovial, su risa sonó en todo el patio.

-En el rato que llevas sentado en este patio, has aprendido algo fundamental y no te has dado cuenta, no te vayas sin saber lo que es. Vuelve.

-No he aprendido nada. Nada he visto que no sea tu vestido insolente y tu parloteo estúpido. ¡Aléjate de mí y déjame marchar!. -Dijo de nuevo dirigiéndose hacia la puerta.

-Márchate si quieres -contestó la mujer riendo nuevamente y sacudiendo ante el muchacho una ramita verde que sostenía en las manos. -Pero si lo haces, no conocerás a Ahmara.

-¿Ahmara?. ¿Qué me importa a mí ésa Ahmara?

-¿No sabes acaso el nombre de la persona a la que buscas?

El muchacho dudó un instante.

-¿Tú sabes dónde está?

-Pues claro, yo soy Ahmara, a quien tú buscas.

Shamil se sorprendió muchísimo. No sabía si creerla o no.

-¿Tú?. ¿Una mujer?. ¿Una insolente?. Eso no es posible.

-El velo que cubre tus ojos es la falta de confianza en la misericordia divina. No lo que tú quieras sino lo que Él quiere es lo que es. No lo que tú pienses, no lo que tú desees, solo lo que Él quiere.

El muchacho la miraba perplejo sin saber como reaccionar.

-Tú eres una extranjera -dijo casi en un susurro.

-Sí. Soy una mujer extranjera que apenas conoce tu lengua, sin embargo, Él me dijo ¡sé esto!...y soy esto. ¿Comprendes?. Cuando me juzgabas hace un rato, no me juzgabas a mí sino a lo que yo quería que tú juzgaras. Lo que tú veías solo era un velo de apariencia.

-¿Acaso crees que no sé interpretar lo que veo? ¿Crees que soy un necio o un ignorante?.

-Debes aprender a mirar -contestó Ahmara en voz baja.

El muchacho la miró un momento en silencio.

-Es cierto lo que dices... si... tal vez he juzgado demasiado pronto.

-Y sin misericordia.

-Sí. Sin misericordia. Ha sido una torpeza -reconoció el muchacho a regañadientes.

-Ven. Quédate hoy con nosotros.

En el ánimo de Shamil luchaban la curiosidad natural y el recelo. Paseó la mirada por todo el patio. Los que estaban allí lo miraron con cariño, mientras, la chica del pelo rojo acercó unas sillas y una mesita plegable, la abrió, y puso en ella unos pastelillos y unos vasos de té humeante. Se prepararon

dulces de todas clases y manjares finísimos. Frutas perfumadas y agua de rosas. Tomaron asiento frente a los tres hombres, formando un grupo pequeño. Shamil respiró hondo y le preguntó a Ahmara en voz baja:

-¿Eres de los que buscan la verdad?

-Cada átomo de mí busca la verdad.

-Eres uno de ellos.

-Lo soy.

-¿Desde cuando?

-Desde siempre, pero conscientemente desde que reconocí a uno de mis compañeros antiguos. Luego llegaron los otros. Nos fuimos encontrando como nos hemos encontrado tú y yo hoy. Así empezaron a tener sentido muchas cosas.

Los hombres y la muchacha, le sonreían amorosamente mientras asentían con la cabeza. Shamil se sintió como suspendido en el vacío. Sus recelos y sus tensiones anteriores desaparecieron. Se encontró en casa.

Tres días vivió Shamil en aquel lugar. Durante ese tiempo pasaron por allí muchas personas. Tan distintas. Por las tardes, se reunían en el patio para hablar de cualquier cosa. Las risas eran frecuentes. A veces, alguna pregunta sumía al grupo en un silencio repentino, después del cual, se desgranaba una larga serie de respuestas diversas; algunas, tan disparatadas, que les hacían reír a carcajadas. La respuesta de Ahmara las contenía todas y no contradecía a ninguna. Una misericordia.

La última tarde que vivió en casa de Ahmara, se reunió con ella en el patio, al caer la tarde, como los dos días anteriores. Estaban solos.

-Somos extranjeros, Shamil, igual tú que yo. Extranjeros en un tiempo y un lugar; viajeros que estamos de paso en todos los sitios -dijo Ahmara, inesperadamente, mirándolo a los ojos.

-Madre...

Los ojos de Shamil lloraban dulcemente, su barba -totalmente mojada- temblaba casi imperceptiblemente, su corazón saltaba gozoso y en ese momento recordó las caras divertidas y sonrientes de los dos viajeros que lo encontraron, una tarde de otoño, bajo la higuera del camino.

-¡Permíteme ser tu discípulo!

Detrás de Shamil, el jazminero parecía de nieve. Ahmara tenía los ojos fijos en sus flores.

-Ya lo eres, siempre lo fuiste -contestó la mujer sin mirarlo. -Sabrás el sonido de cada letra, la conocerás y conocerás qué parte del universo vibra al pronunciar cada una de ellas. Tú siempre serás, estés donde estés, mi discípulo y mi compañero de viaje. Hasta que dejes de ser un discípulo.

-Ofrécame entonces una guía para no perderme. Aconséjame.

-Sólo puedo darte las palabras y el sentido, la acción la pondrás tú.

-Así será. Seguiré mi destino.

-El destino corre como la lanzadera entre la urdimbre, el tejido que resulta, depende, tanto de la calidad del hilo como de la maestría del tejedor. Si tú tejes tu propia vida, mira la obra completa y sabrás que diseño conviene a tus intenciones.

-Tengo miedo a equivocarme, miedo a no estar en el camino justo. ¡Hay tantos!. Tú... ¿estás segura?

-¿Segura?. ¿De qué?. -Contestó la mujer, sorprendida por la pregunta. -Yo te digo Shamil que el día del juicio muchos se sorprenderán hasta el límite al ver quién está en cada sitio, quienes son aceptados como creyentes y quienes no. Te digo, y créeme, que muchas grandes personalidades están bajo tus pies. La hermosura de la verdad, la luz del Amor te alumbrará el Camino -le dijo la mujer, mirándole a los ojos.

-He conocido a personas nobles que están lejos de mí, misericordiosos que me enseñaron un comportamiento respetuoso... pero, aquí he tenido experiencias vívidas... todo lo que sabía no era nada.

-¡Ay Shamil!, el saber puede ser un gran estorbo si sabes cosas que no necesitas. Es lo mismo que dos hombres que emprenden un viaje, el inteligente echará en su bolsa lo imprescindible para el viaje a fin de que pese poco y poder caminar más ligero y descansado, el necio echará en la suya todo cuanto vea, se cansará y sufrirá penalidades inútiles por transportar su carga inútil. Los conocimientos inútiles, la sed de información y no de conocimiento, cansa al espíritu y lo embrutece tanto o más que la total ignorancia.

-A veces... -Shamil calló y bajó la cabeza confundido.

-¿A veces...? -preguntó Ahmara.

-A veces tengo dudas...

-¡Dudas!. Dudas y sufrimiento -musitó Ahmara. -¿Has hablado alguna vez con el señor Isaías.

-Sí.

-Y, ¿con María, la médica?

-También. ¿He hecho mal?

-¿Te parecen de noble corazón? -preguntó sin hacer caso a la preocupación del muchacho.

-Sí... bueno... Sí.

-¿Sabes Shamil?. Por lo general, no se nace adscrito a una religión, ni a una filosofía, ni a una política. Sin embargo, por una gracia especial, hay personas que, instintivamente, comprenden el sentido de la Unidad, saben con certeza diferenciar lo verdadero de lo engañoso. Hay quienes reconocen a los suyos entre las multitudes y los socorren cuando es necesario

-¿No hay nada que esté en ti y fuera de tu alcance? -preguntó Shamil.

-Si quieres ir a algún lugar, empieza por reconocer el camino y medir tus fuerzas. Siempre será mejor perecer en el camino que no haberlo intentado. Sé sincero contigo mismo y sé perseverante hasta lo absurdo. Lo que está en ti, ya lo has alcanzado.

Él pensó que, puesto que ese era el último día que pasaba allí, debía descargar su corazón y aprender lo más posible:

-¿Cómo seré dueño de mi cuerpo, para así ser dueño de mí?. Dame una señal segura.

Ahmara suspiró con un gesto de cansancio y le miró. Su rostro reflejaba un enfado no disimulado:

-Yo no te he llamado -le contestó- tú viniste por tu propia voluntad y por tu propia iniciativa. Me buscaste y te ofreciste como discípulo. Ahora me exigas demostraciones y señales. Quieres ponerme a prueba sin ningún derecho de tu parte. Durante estos días, me has preguntado: “¿Quiénes son tus maestros?, ¿cómo has llegado a ellos?, ¿dónde están?, ¿cuándo me mostrarás tu poder?”. Tu insolencia es fruto de la necedad y los frutos de la necedad son la ignorancia y la soberbia del ignorante. ¿Acaso piensas que el buen mercader ofrece sus mercaderías por nada?. ¿Has oído hablar de alguno en su sano juicio que arrojara perlas a la multitud?. Porque te trato con Amor te adjudicas derechos que nadie tiene. Yo nada puedo darte porque no tienes nada que ofrecer. Vete y que Dios te acompañe.

Shamil quedó aterrorizado ante la actitud y las palabras de Ahmara. No comprendía qué había hecho mal. Temblándole la voz se atrevió, no obstante, a formular otra pregunta:

-¿No me darás nada para el camino?. ¿Me dejarás marchar a oscuras?

El rostro de la mujer se iluminó de nuevo y le contestó sonriendo:

-La luz, la sombra, el arriba y el abajo. Tu sentir está dividido en dualidades. Intentas racionalizar como puede haber la luz en la sombra y no haber ni una ni otra. La luz del sol ilumina la luna que a su vez ilumina la noche. El viajero que apresurado parte hacia su destino, ¿perderá el tiempo buscando la razón astronómica, por la que unos rayos de luz iluminan su sendero en la noche?. Al enamorado, ¿le importa acaso el por qué del perfume de la rosa?

Los estados de ánimo de los dos cambiaban como el vuelo de los pájaros. En el cielo, también los jirones de nubes cambiaban de forma velozmente.

-¿Por qué me has recibido?. ¿Para rechazarme?. En verdad que no tengo nada que ofrecerte. -Dijo Shamil, mostrando las palmas de sus manos. -Nada que no tengas tú, y más valioso.

-Innumerables son las pruebas de fidelidad que se te piden y en todas ellas respondes con un corazón noble. Durante largas noches has estado inmerso en la vigilia. Por la mañana has oteado el horizonte y tus ojos, han mantenido la quietud del Mar de la Eternidad. El Amor nos hace gentes alegres y de caminar erguido. ¿Acaso debemos mostrarnos mezquinos valorando en poco lo que tenemos y lo que somos?. Tú y yo somos eslabones de la misma cadena.

-Cuanto me dices, me inquieta y perturba mi espíritu. Me da miedo reconocer que es cierto. El tiempo que he estado lejos de ti, en nada lo tengo y en nada valoro mis estudios y lecturas. Cuantos libros leí y cuantos viajes planeé, han embotado mi entendimiento. Como las semillas en una calabaza hueca, todas las ideas se entremezclan y entorpecen unas a otras dentro de mí. Estoy lleno de información y vacío de conocimiento.

-Hijo mío, las pasiones de tu corazón, nublan tu entendimiento. Los viajes que emprendiste, toda esa gente que pasó ante ti, los cantos que escuchaste, las danzas, los paisajes hermosos y terribles, todo el dolor y las alegrías, las angustias y los placeres; todo lo que crees haber vivido ¿De que te sirve?. La inquietud anida en ti como un animal dañino.

-Dime que puedo hacer. Dame un camino seguro y unas normas claras que yo pueda seguir sin dudar.

-¿De nada sirve cuanto te digo?. ¿De nada sirve cuanto ves?. Eres como el pequeño aguilucho que acaba de romper el cascarón y cuyos ojos, aún no pueden ver a la altura que se encuentra su nido. Lo más sensato es que no se acerque al borde del nido. Vete. Vuelve al taller y sigue tu trabajo. Volverás a la carpintería ¿no? -preguntó Ahmara.

-Sí. Durante estos tres días que he estado aquí no he dicho nada ni a mi familia ni a mi patrón...

-No te preocupes por eso. Todos en el pueblo saben quien entra y quien sale de ésta casa.

-Yo no lo he sabido nunca -contestó Shamil.

-Pero... si es que tú no has vivido en éste pueblo hasta ahora. Has hecho como que vivías.

Shamil se quedó pensativo un instante y contestó sonriendo:

-Llevas razón.

-Cuando llegues a tu casa, saluda a tu hermana menor de mi parte -le dijo Ahmara levantándose y dando por terminada la conversación.

Shamil se sorprendió por la alusión a su hermana pero, no lo dejó entrever.

-Lo haré.

Salió de la casa de Ahmara más confundido que había entrado. Cuanto más pensaba en las cosas que había visto y oído durante el tiempo que había estado allí, más zozobra le entraba. Todo había sucedido tan rápido, que aún no lo había asimilado. Pensó que debía tomar una decisión.

-Haré lo que ella me diga. No ofreceré resistencia. Me abandonaré.

Caminaba rápido y hablaba solo, gesticulando con las manos. Los que lo veían en ese estado desconocido en él, se le quedaban mirando sorprendidos. Al cruzar la plaza, uno de sus compañeros de tertulias se le acercó despacio y puso su mano derecha sobre el hombro derecho del muchacho.

-¡Bienvenido!.

-Gracias. Muchas gracias -contestó Shamil.

Pensó que desde entonces en adelante tendría que acostumbrarse a ser mirado de otra forma. No le importaba nada que fuera así.

Cuando pasó por la puerta de su casa, aceleró el paso temiendo encontrarse a su madre y a sus hermanas. ¡Estaba tan avergonzado!, sobre todo por el trato que había dado a su madre. Le dolía pensar siquiera en la posibilidad de haberla hecho sufrir. ¡Que torpe había sido!. Cuando la viera –

pensaba- la abrazaría. Sólo eso. Los pensamientos le iban y venían por la cabeza como pájaros asustados. Querría demostrarles a todos cuánto los amaba.

Iba rápido y sus pies resbalaban sobre las piedras sinuosas del camino. La noche estaba cayendo y el frío humedecía las estrechas callejas. Shamil se arrebujaba en el fino manto de lana que apenas le protegía del airecillo gélido.

Las ventanas y las puertas estaban cerradas. Algunos perros ladraban a lo lejos.

Al pasar por delante de la casa de Omar, se fijó en algo que nunca había notado: por encima del muro que rodeaba el jardín, se desbordaban grandes racimos de jazmines creando una guirnalda verde y blanca que, a la luz de la luna llena, parecía de oro y nieve.

Cuando llegó al taller, no tenía frío. Todo él estaba inundado del recuerdo de los jazmines de Omar. Hizo sus oraciones y se puso a trabajar. Antes de la oración del amanecer, su obra, una silla, estaba terminada. Era una silla perfumada como el jazmín y brillante como el oro. Pero, Shamil sabía que aunque era fruto de su trabajo, no era suya, era de Omar.

La silla perfumada y brillante pertenecía a Omar tanto como el jardín, porque era el dueño de esas horas de trabajo, durante las cuales, Shamil no trabajaba para Shamil sino para el placer de esa noche de luna y jazmín.

Las noches y los días pasaban velozmente. Las estaciones se sucedían unas a otras y los paisajes cambiaban al influjo de los tiempos. Caían las hojas y retornaban a brotar. El alma de Shamil era como un guijarro en las orillas del Mar de la Eternidad. Las olas lo rodaban dulcemente a lo largo de la playa o lo golpeaban con furia contra las rocas del fondo, en los días de tormenta.

Las orillas siguen estando rebosantes de guijarros.

La casa de Ahmara también cambiaba con el tiempo, se le añadían habitaciones, se pintaban de colores diferentes, se cambiaban los objetos de lugar... Todo cambiaba tanto en esa casa que, de un día para otro, podrías no reconocerla. Sin embargo, parecía que todo estaba igual. Siempre parecía que las cosas estaban en el lugar exacto. Era un misterio de esos domésticos a los que no se les dan importancia. Lo más importante de los misterios de Ahmara, es que parecían no tener importancia. El pequeño milagro cotidiano, sumado a otro y a otro, también pequeño y cotidiano. La vida en aquel pueblo era, en sí misma, un milagro de supervivencia en un medio hostil.

Cuando paseaba por las calles o salía a los campos, la gente que encontraba en su camino, cualquiera de ellos, podía ser alguien muy diferente a quien aparentaba. Incluso los niños con sus risas, parecían esconder algún luminoso secreto. Todos parecían formar parte de un rayo de luz. Incluso en los atardeceres, una tenue claridad bañaba los tejados y se reflejaba en las aguas. Serenidad y exaltación venían a ser una sola cosa: equilibrio.

Durante toda la mañana Shamil había estado trabajando en una mesa sólida y tallada primorosamente. Era un mueble rectangular, con patas como columnas, de una madera oscura y pesada. Alrededor de la tapa, un fino trabajo de taracea y unas incrustaciones de madreperla, delataban la minuciosidad y paciencia de la obra. La madera había sido abrillantada concienzuda y pacientemente. Era un hermoso trabajo y no pertenecía a nadie. Había sido pagada generosamente por el maestro de danza, pero pertenecía a Shamil. Aunque fuera a parar a otra casa y aunque no la volviera a ver, sería suya siempre, porque en cada una de sus vetas, en cada uno de sus poros, en las sucesivas capas de barniz, en los pequeños pedazos de madreperla; en toda la mesa, estaba impregnado su espíritu. Todo él se había volcado día a día y minuto a minuto, en esa obra. Su mano

se había deslizado por toda ella. Había pensado en ella durante meses, antes de empezar a hacerla. La había imaginado de mil maneras distintas hasta que le dio la forma definitiva. Era suya.

Mientras daba los últimos retoques, el sonido en la calle de una voz conocida, le hizo salir a la puerta. El sol caía inmisericorde sobre las piedras de la calle. La pared de enfrente proyectaba una leve sombra y a su refugio, se habían sentado unos muchachos. Una mujer con una sombrilla grande y oscura, charlaba con ellos y reían. Era Ahmara. La reconocía por sus risas, porque siempre llevaba tras de sí como un revuelo de algarabía y fiesta y porque siempre parecía una extranjera recién llegada.

Sorprendido por la visita, se quedó en la puerta del taller donde trabajaba, callado y sin saber que decir. Ahmara lo miró y, riendo todavía, se acercó agitando en su mano derecha un periódico atrasado de los que ella solía leer.

-¡Aquí lo tienes!. Un lugar estupendo para ti. Lleno de cines, teatros, restaurantes y quioscos de prensa. Montones de información y gentes que la buscan sin orden ni método. Necesitan un carpintero bueno como tú. Honesto, trabajador y sagaz.

Shamil, todavía asombrado, cogió el periódico y leyó los anuncios de trabajo. Había uno señalado con bolígrafo. Se buscaba un carpintero hábil para una fábrica de muebles en una ciudad grande. Miró con curiosidad a Ahmara. Esta sonreía y asentía con la cabeza. Él también asintió y desapareció lentamente, sin decir palabra, en la oscuridad del taller.

Ahmara dio la vuelta y se marchó sonriendo aún. Acababa de lanzar un barco al mar agitado de la vida. Pidió una buena travesía y vientos favorables. Para las posibles tormentas, también pidió claridad de juicio y destreza en el timonel.

En aquellos momentos, pensó en Sufan, Ahmara lo recordaba aún, en el ágora de aquel templo y después, muchos siglos después, antes de que volviera a Murcia de aquel viaje a la casa de al-Arif. Lo recordaba aún a pesar del velo de la fama. Recordó los versos que compuso para él cuando tomó nombre:

¿Me oyes, oh Sufan?
en la noche antigua
sobre los bosques de Egipto
tu corazón en llamas
confundía a los caminantes
a pesar de las dos lunas.
Ahora que las arenas
lo invadieron todo
en ti
solo quedan cenizas.

Aunque había pasado mucho tiempo, seguía sintiendo lo mismo, su luz era reflejo de la de él y quería ser el espejo que reflejara esa luz; porque el espejo está ahí aunque la luz no lo advierta. Si la luna no reflejara esa luz, ¿cómo podrían encontrar, en la noche, el camino los viajeros?

Capítulo 3: El viaje

*Si sales del sueño amigo
descubrirás alegrías infinitas
tengo la convicción de que aunque estemos en el dolor y la pena
finalmente seremos felices todos.
Pues hay espinas hay también flores
pues hay mal hay también remedio.
Si el remedio hoy no es visible
cuando la Orden descienda se descubrirá.*

Faid ad-Din Attar

La ciudad, vista desde fuera, era como una mancha gris. Parecía estar olvidada de los avatares de la vida. Como una foto en blanco y negro, quieta y detenida en el tiempo. Comparándola con el pueblo de dónde venía, a Shamil, la ciudad le parecía un espejismo.

El autobús siguió rodando por la ancha carretera. A un lado y a otro, se levantaban almacenes y fábricas. Una gran multitud de vehículos ocupaban espacios asfaltados alrededor de los edificios. Las gentes iban y venían apresuradamente.

Cuando se detuvieron en la estación y mientras se ajustaba la mochila, observó a los grupos de personas que esperaban. Eran grupos heterogéneos. Mujeres y hombres. Jóvenes, ancianos, risueños, tristes.... Todo un muestrario de individuos de las más diferentes tipologías se abrió ante sus ojos. Era un espectáculo realmente apasionante.

La tarde se desvanecía lentamente pero la puesta de sol no se veía. Una oscuridad grisácea cubría los tejados de las casas y ocupaba las calles y avenidas. Gente cansada caminaba por las aceras. Frente al muchacho, una niña pequeña rompía pacientemente una naranja arrojando las cáscaras al suelo, eran la única nota de color que Shamil podía ver. El aroma de la naranja creaba una isla en torno a la chiquilla.

Por un instante podía haber estado en su pueblo o en el patio de la casa de Ahmara. Podía, incluso, sentir las voces de sus compañeros y gustar el sabor de las tardes pasadas. Ante esos recuerdos, derramó abundantes lágrimas de pesar y zozobra. El aroma de la naranja, no obstante, no solo le traía recuerdos, sino que también le daba una nueva visión de la ciudad. No todo sería gris, sino que, en algún lugar; tal vez oculto por altas murallas, florecerían los naranjos también. Habría pequeñas islas verdes, pequeñísimas tal vez. Y posiblemente entre todas aquellas personas que ahora le parecían anónimas, se encontrarían corazones afines.

Con una maleta en una mano y en la otra un papel con una dirección apuntada, se dirigió hacia un hombre de mediana edad que se afanaba también en recoger sus maletas. Le preguntó cortésmente por la dirección que llevaba apuntada y, por la forma más fácil de ir. El hombre lo miró con curiosidad. Observó, casi con descaro, la indumentaria de Shamil, éste adivinó lo que estaba pensando el otro; se preguntaría que iría a hacer un muchacho tan pobremente vestido a un lugar como el que indicaba la dirección del papel. Shamil sonrió sinceramente y el hombre le indicó la dirección, intuyendo que en aquel lugar, encajaría el muchacho tan bien como en cualquier otro, ¿cómo pudo dudarlo?.

Shamil anduvo por estrechas callejas y por amplias avenidas. Cruzó pequeños parques dónde los niños jugaban y reían, como en todos los lugares que él había conocido.

La lluvia comenzó a caer, despacio, con tanta lentitud que, al llegar al suelo, se secaba

inmediatamente. Las gotas de agua caían sucias. El polvo en suspensión que el viento del desierto había arrastrado hasta la ciudad, caía ahora en forma de gotas de lodo rojizo. Sobre los tejados, las mujeres se apresuraban a recoger la ropa. Las telas semejaban banderas larguísimas ondeando pesadamente.

Shamil pensó que la bienvenida no podía ser más gráfica, agua, barro, viento y el calor que no cesaba; ahí había verdaderos signos para quien supiera descifrarlos o para alguien a quien le interesara descifrarlos.

Casi sin darse cuenta llegó al barrio que buscaba. A lo largo de las calles, se veían hermosos edificios y jardines muy cuidados. Todo estaba muy limpio. Llegó hasta la finca cuyo número llevaba anotado en un papel. Tenía un jardín pequeño, pero muy hermoso, que rodeaba completamente el bloque de apartamentos. Franqueó la cancela y avanzó por una corta vereda de gravilla hasta la puerta. Empujó y entró en un vestíbulo amplio y luminoso, con los suelos de mármol blanco y las paredes pintadas de color beis. Al fondo, el ascensor se paró y salió de él una chica rubia.

-¿Busca a alguien? -preguntó la chica parada frente a Shamil.

-Vengo a casa de un amigo -respondió él.

La chica lo miraba sin moverse del centro del portal.

-A casa de Sufan -dijo de nuevo Shamil, elevando la cabeza con un gesto rápido.

-¿Sufan?... Ah...

Le dirigió una mirada de indiferencia, frunciendo los labios, en un gesto, que demostraba que no le importaba gran cosa quién fuera el amigo de aquel muchacho. Dio media vuelta y salió del edificio con paso ligero. Shamil la miró divertido. Subió a la tercera planta y buscó la puerta número 5. Tocó el timbre. Nadie contestó. Volvió a tocar después de unos segundos y entonces se oyó una voz entre cansada e irritada que contestaba desde el fondo de la casa.

-¿Quién es?

-Soy Shamil. Me están esperando.

-¿Quién?

La puerta se abrió de par en par y en el hueco apareció un hombre alto y delgado, con el pelo algo canoso y una frente amplia y despejada. Sobre la nariz de este hombre descansaban unas gafas de montura fina y moderna. Vestía un jersey amplio y unos pantalones de pana marrones. A Shamil, en un primer momento, le pareció demasiado occidental, incluso aseguraría que era un extranjero, pero inmediatamente, desechó cualquier idea que pudiera condicionar la auténtica percepción de la persona con la que se encontró.

-Soy Shamil. Me envía Ahmara.

El hombre se hizo a un lado y con la mano derecha le indicó que entrara, mientras que con la izquierda sujetaba la puerta.

-Entra. No sabía cuando ibas a llegar. Deja la maleta en cualquier parte. Como verás la casa no tiene

mucho para ver, hay dos dormitorios, bueno, dos habitaciones que cada uno puede utilizar como mejor le parezca. Las zonas comunes son: el baño, la cocina y este pequeño salón. Las normas son muy simples, yo te daré una llave y cada uno hará su vida sin molestar al otro. Soy una persona de costumbres sencillas y tranquilas, pero no estoy acostumbrado a vivir con nadie. Cuando comienza a oscurecer me retiro a mi habitación y no suelo salir hasta la mañana siguiente. Me levanto muy temprano, y sobre todo, me gusta el silencio. Las conversaciones inútiles me alteran. ¿Comprendes?

-Está bien. ¿Cuál es mi habitación?

-Aquella.

El hombre señaló una de ellas y Shamil, cogiendo su maleta entró cerrando tras de sí la puerta, silenciosamente. Le alegró que la persona con la que tenía que compartir la casa fuera tan franca y sobre todo, que quisiera mantener la distancia necesaria para la tranquilidad. A él también le gustaba el silencio. Quería sentirse allí como si estuviera solo. Había tenido mucha suerte –pensó sonriendo– o alguien había sido muy previsor.

La habitación era más bien pequeña, tenía una cama arrimada a una pared y frente a ésta, se había colocado una mesa de madera con una silla. Sobre la mesa había papeles en blanco y un vaso con lápices y bolígrafos. Las paredes estaban pintadas de blanco y cubriendo la ventana, una pequeña cortina, también blanca, se movía al compás del aire que entraba. Era una habitación austera y cómoda. La única concesión al lujo era la vidriera de colores colocada en la ventana con forma de arco, por la que al pasar la luz de la calle, se formaba sobre la blanca pared un calidoscopio bellissimo.

Shamil se sentó sobre la cama, y se quedó ensimismado mirando la pared, donde se reflejaban maravillosas formas y colores. Pasaron minutos. Pasaron horas, y con la caída de la tarde, las formas y colores iban cambiando, dorándose, apagándose. Cuando recobró la consciencia, la noche ya había caído sobre la ciudad y el silencio se había apoderado de las calles. La habitación estaba en penumbra. Fuera de ella, tampoco se oía nada. Su compañero, o no se encontraba en la casa o, tal como le había dicho, era un silencioso.

Se echó sobre la cama y se durmió inmediatamente. Durante toda la noche soñó con océanos y ríos, con inmensas praderas verdes, con flores sobre las que volaban mariposas azules, y la luz, una luz que lo iluminaba todo amorosamente. Si había habido una noche buena entre las noches de Shamil, había sido ésta. Ni por un instante sintió el desasosiego de la incertidumbre, ni el miedo, ni la duda, ni siquiera el interés lógico por cómo se desarrollaría su vida desde entonces en adelante. Sintió que estaba en el lugar más adecuado, con la persona más adecuada. Sin duda Sufan era la persona más adecuada. En ese momento se dio cuenta que nadie le había dicho el nombre de su compañero, ni siquiera él. Pero no podía llamarse de otra forma, en su corazón, ya le había dado el nombre, estaba seguro de era ese. ¡Ojalá que estuviera tan seguro de su propio nombre, como se encontraba seguro del de su compañero!

Amaneció, y los ruidos de la calle subían de tono a medida que las horas avanzaban.

Shamil bajó a la calle y lo primero que hizo fue buscar un quiosco de periódicos. Compró unos cuantos y con ellos doblados bajo el brazo, comenzó a pasear despacio por las calles de aquel barrio. Observó la forma y el tamaño de los edificios, la disposición de los árboles, el trazado de las calles, la forma de los pocos jardincillos que de vez en cuando salpicaban el barrio. La gente no parecía vivir allí, de hecho, no parecían pertenecer a ningún lugar concreto. Era un maremagnum de hombres, mujeres y niños que a fuerza de ser tan iguales, parecían no tener nada en común.

Se sentó en un banco, bajo un árbol y desplegó el primer periódico. Sacó un lápiz de un bolsillo y empezó a buscar las ofertas de trabajo de las páginas centrales. Se sorprendió de la gran cantidad de ofertas y de la diversidad de trabajos que existían, la mayoría de ellos no los conocía y otros les parecía tan absurdos e inútiles que se maravillaba de que alguien pagara por hacerlos. ¿En que podía él trabajar?. Ahora recordaba la insistencia de Ahmara para que aprendiera un oficio manual, uno que sirviera en cualquier país. En aquella ciudad seguramente alguien necesitaría un buen carpintero. En el tercer periódico encontró varias posibilidades: carpintero en una fábrica de muebles, para unas obras de construcción, para ornamentación y varias más que no parecían muy interesantes.

Caminó durante todo el día, visitó fabricas y carpinterías y al final de la tarde, ya tenía un trabajo. Era un taller no muy grande, -casi una empresa familiar-, de muebles de diseño antiguo, cerca del lugar donde vivía. El sueldo tampoco era muy grande, pero no le importaba demasiado porque estaba acostumbrado a vivir con lo indispensable, además, el trabajo le gustaba y el ambiente también.

Esa tarde llegó feliz a casa. En el saloncito, su compañero, que ya se encontraba allí, le preguntó:

-¿Bien?

-Bien -respondió Shamil.

Una tetera humeaba en el centro de la mesa y sobre ésta se encontraban dos vasos. En un platito había hierbabuena y en otro, unos pastelillos hechos con pasas y piñones.

Shamil se sentó y se sirvió té, después de llenar el vaso hasta la mitad, con la olorosa hierba.

La tarde llegaba lentamente. Por entre las cortinas de algodón blanco, entraban los últimos rayos de sol, dando un color púrpura a la tela y a la habitación.

Sufan se levantó y encendió una pequeña lámpara de cristales de colores que estaba en una esquina de la habitación. La luz inundó todo dando la sensación de encontrarse en un cofre lleno de gemas. El silencio del momento quedó roto por el sonido del timbre de la puerta. Una y otra vez fue sonando el timbre y Sufan fue abriendo la puerta, la pequeña habitación se iba llenando de personas desconocidas para Shamil. Eran personas de todo tipo, no se diferenciaban, aparentemente, de las que había encontrado esa mañana en su paseo por el barrio. Solo le extrañaba la presencia de una niña de unos doce años. Era una niña silenciosa, de ojos brillantes que le recordaban a los de Ahmara y la mirada insistente, como si estuviera leyendo lo que pensabas y lo que sentías. Shamil se encontraba inquieto frente a la niña. Recordaba que no debía juzgar solo con los ojos de su cuerpo y pensó que tal vez la niña hacía lo mismo. Él había aprendido a ver y tal vez la niña había nacido ya viendo. ¡Que grandiosa magnificencia podría esconderse allí!

Dio unas vueltas por la habitación con las manos metidas en los bolsillos, en uno de ellos sintió el tacto de un papel doblado, lo sacó y se encontró con un recorte de periódico en el cual, estaba señalado con bolígrafo un anuncio con una oferta de trabajo en una fábrica de muebles. Recordó entonces que cuando se había trasladado a la ciudad llevaba como referencia ese posible trabajo. No importaba, ya tenía uno, pero de todas formas guardó el papel de nuevo en el bolsillo.

De vez en cuando, volvía los ojos hacia la niña, ésta, sentada en un rincón, miraba a todos con una aparente indiferencia. Sostenía en las manos un pequeño cuaderno donde, de vez en cuando, escribía cosas. Luego, volvía a observar durante un momento a los presentes y, seguidamente, abría

su cuaderno y se ponía a escribir de nuevo. El pelo recogido de la niña despejaba su cara, de forma que, era más fácil ver su expresión.

De nuevo sonó el timbre de la puerta. Uno de los presentes abrió y entró una anciana bajita, vestida de oscuro y sonriente. Se sentó junto a la niña sin decir palabra.

En unos minutos, el pequeño salón estaba lleno de gente. Personas del más variado aspecto y las más diversas procedencias. Shamil no conocía a ninguno de ellos por lo que pensó que serían amigos de su compañero de apartamento. El compañero iba y venía entre ellos, moviéndose como si no tuviera una razón para hacerlo. De los lugares menos comunes, fueron saliendo sillas, almohadones y pequeñas alfombras, de modo que en unos minutos, todas las personas estaban sentadas alrededor de la habitación. El centro permanecía desocupado y la forma en la que se habían colocado era la mejor forma posible para verse todos. Así se sentaban los amigos de Ahmara y él mismo cuando acudía a su casa o se reunían en los jardines para charlar simplemente o solo por verse. Se sentó con ellos como si eso fuera la cosa más natural en aquellos momentos. El anfitrión comenzó a repartir vasos y tazas, en unas bandejas se pusieron azucareros, cucharillas y pastelillos que los recién llegados habían ido sacando.

-¿De donde vienes? -preguntó uno de ellos a Shamil.

-De muy lejos, de un pueblo en las montañas...

-¿Es un pueblo rico?

-No, es pobre.

-La gente ¿es pobre?

-No, el pueblo es... bueno... parece pobre.

El hombre asintió con una sonrisa y se quedó en silencio. Shamil se dio cuenta que nunca había pensado verdaderamente en que consistía la pobreza, y que no conocía a su pueblo tan bien como él pensaba, pues, ni siquiera sabía si era pobre o rico. Sabía pocas cosas. Eso le hizo sonreír. Sabía tan pocas cosas, que cualquiera podría enseñarle. Se sentía alegre. Pensó que aquellas personas seguramente sabrían muchas cosas que él desconocía, pero también desconocerían cosas que el sabía bien.

Los visitantes se cubrían las espaldas con sus mantos. Observó, que excepto la niña y él, todos llevaban un manto similar. Él conservaba el suyo, uno de lana, bastante rústico y de color marrón, que le había dado Ahmara. Observó también que el de su compañero era muy similar al suyo, pero de color blanco. Sin embargo, en sus esencias, nada les distinguía a unos de otros.

Por un momento, se sintió inmerso en una ceremonia extraña a él, que no comprendía y que no estaba ni tan siquiera seguro de que fuera real. Tal vez fuera todo producto de la imaginación, aún ingobernada. Tal vez allí sólo hubiera una reunión de amigos o de conocidos que se habían citado, con la intención nada misteriosa, de tomar una taza de té y charlar. Tal vez una reunión de artistas, o de filósofos, o de todos a la vez, que se reunían para cambiar impresiones y divertirse un rato.

La niña le ofreció una naranja que él tomó espontáneamente. Una naranja grande y perfumada que aún conservaba algunas hojas unidas a su tallo. Parecía recién cogida. Con las manos fue quitando la cáscara y la habitación se fue llenando de un perfume intenso y ácido, como si el jardín de su pueblo se hubiera trasladado a la habitación de aquella casa. Recordó el día de su llegada. Parecía

que el tiempo era el mismo, que todo sucedía en un tiempo circular.

La alegría le desbordaba. Se sentía feliz, pero no con una felicidad exultante ni alborotadora, sino con una felicidad íntima y callada. Plena y sin orillas. Casi vertiginosa. Como cuando te subes a una ola y descienes con ella, sabiendo que no hay orillas en dónde te deje.

La tarde pasó como un suspiro. Cuando todos se levantaron y fueron marchándose, miró el reloj situado sobre uno de los muebles y se dio cuenta de que era más de medianoche.

Cuando se marcharon todos, cayó en la cuenta de que había asistido a la reunión como el que se encuentra en otro mundo. Había oído las palabras de todos, los había visto, había comido con ellos; pero no sabía nada de ellos. Sólo recordaba algunas frases sueltas, algunos nombres, algunos lugares y algunas anécdotas divertidas de viajes. No se había enterado de nada tangible, solo comprendía que volvería a verlos y que se había creado un vínculo entre todos porque todos pertenecían a un mismo linaje, un linaje que no se distingue por el color, la estatura o algún signo identificable físicamente, sino a un linaje que está más allá de las formas y al que se pertenece por regalo o por decisión y trabajo propio.

Sufan cerró la puerta, que aún mantenía abierta, y volvió en silencio hacía donde estaba Shamil. Moviéndose indolentemente algunos cojines que se amontonaban de manera desordenada sobre la alfombra y se acomodó entre ellos, apoyando la espalda sobre la pared. Miró fijamente a Shamil, sonriendo sin decir nada. Tenía una sonrisa franca y sus ojos, color ámbar, reían tanto o más que su boca. Era agradable estar allí, sentirse cercano de alguna manera, a aquel hombre callado, que sin embargo, comunicaba tanto.

Capítulo 4: La mesa

*Mira el desapego que hay en la base de esta obra
no enredes pues este ARQUITECTO es maestro de obra.
Di en privado algunas palabras sobre el tejido de los velos
deja estas ilusiones y estos juegos de velos
pues no hay alegría ata tu corazón a la tristeza
pues no hay compañero sella tus labios a toda confianza.
Oh hombre de corazón habla con palabras encubiertas
ya que al primer llegado no pueden desvelarse los secretos.*

Farid ad-Din Attar

La mañana amaneció brillante. Por las ventanas entraba la luz, esparciéndose por todas partes en un desorden de colores. Shamil se levantó rápidamente, ordenó su habitación, se lavó e hizo la oración de la mañana. Se había despertado tarde. Se precipitó hacia el salón con la intención de ordenar lo que la noche anterior había quedado pendiente. El salón estaba como siempre, limpio y ordenado. Su compañero, ya no estaba en casa.

Bajó a la calle y, mientras iba al taller, decía para sí “¡Que viaje tan bendito!”. Había andado de prisa y una vez que llegó a la puerta de la carpintería donde comenzaba a trabajar, pensó que no debía darle ninguna excusa al patrón, simplemente decirle la verdad, que se había dormido el primer día de trabajo y por esa causa había llegado tarde.

-Dios os bendiga, maestro.

-Dios te bendiga, Shamil.

-He llegado tarde y lo lamento.

-No importa, es el primer día. Te quedarás cuando los demás salgan y completarás el tiempo de tu trabajo, si eso es lo que quieres.

-Pues, debo hacerlo ¿no?

-Eso tú sabrás. Tu obligación, tú la conoces.

El muchacho se encontró aturdido, sin saber cómo responder a las palabras de su patrón. Lo que sí tenía claro es que tendría que cumplir con el mismo trabajo que todos sus compañeros, e incluso un poco más, aunque sólo fuera por la benevolencia que el patrón había tenido con él.

-¿Cuál es mi trabajo?

Un joven que tendría más o menos su edad, se le acercó y le señaló un montón de tablones de buena madera.

-Hay que hacer seis sillas, con el asiento de cuero.

-¿Qué modelo debo seguir?

-El que tú quieras. El cliente no nos ha dado ningún modelo a seguir, solo pide que sea un trabajo bien hecho y sólido.

-Bueno.

Shamil miró al patrón que se mantenía a cierta distancia pero sin perderse nada de la breve conversación.

El patrón era un hombre de edad avanzada, aunque no lo suficiente para considerársele un anciano. Vestía a la occidental aunque se tapaba la cabeza con un turbante rosa y dorado. En otro podría parecer un disfraz, o una concesión al exotismo. En el patrón resultaba algo consustancial a su dignidad.

Recordó entonces las fiestas de su pueblo, las que pasaron y las que pasarían en el futuro. La gente, sus danzas y los observadores de estrellas. Músicas de todo tipo esparcían sus notas por el valle. El olor del azúcar tostado llegaba hasta ellos desde el tenderete de las manzanas. De vez en cuando, unos niños pasaban, esgrimiendo en sus manos, una nube esponjosa y rosada de algodón de caramelo, sujeto con un palito. También olía a aceite caliente y a masa frita. Pero el olor que lo impregnaba todo, que en alguna forma lo anulaba todo, era el olor de los caballos. Los había de todo tipo, negros y finos, percherones, castaños y fuertes, blancos con una estrella en la frente... Se oían sus cascos y sus relinchos por todo el pueblo. Los dueños y los compradores los paseaban por la plaza, los hacían correr, ir al trote, parar en seco, dar vueltas... Era un espectáculo increíble. Todos parecían estar tan felices. Todo respiraba un ambiente de fiesta y alegría desbordante.

Fue un niño silencioso que, desde el rellano de las escaleras, percibía todo esto como si se tratara de un sueño. Estaba sentado en un escalón, por las rendijas de la vieja puerta de madera por la que se accedía a la azotea entraba un hilillo de luz en el que danzaban infinidad de pequeñas motas de polvo; esto permitía que la oscuridad no fuera total, sino que sumía en una semipenumbra aquel

espacio. Recordó al anciano del manto marrón, que hablaba directamente, sin abrir la boca siquiera, pero de una manera mucho más auténtica que cualquiera de la gente que hasta entonces le había hablado. Entre los dos había una comunicación que iba más allá de las palabras e incluso más allá de los objetos, del tiempo y del espacio. Todo quedaba en suspenso, porque Shamil, el anciano y todo cuanto les rodeaba formaban un todo y una nada a un tiempo. El maestro y el discípulo no eran tales, sino una consciencia despertando a otra, integrándose en otra; y sin embargo, cuando fue un muchacho, casi lo olvidó todo.

También cuando Ahmara le hablaba, siempre decía cosas nuevas que hacían estremecer a sus amigos; cuando callaba, callaba cosas extraordinarias que podrían haber hecho palidecer a cualquiera. Parecía haber nacido para piedra angular del edificio de las maravillas. Para ocultar esa terrible verdad, se esforzaba en aparecer como una necia. Pero Shamil, recordó y comprendió la unión de la tierra y las aguas cuando el riachuelo corre entre árboles de esmeralda. Comprendió la llamada del aire cuando en la noche alborota los cabellos y mueve los rosales. Comprendió el mensaje de las olas que, pacientes, retornan una y otra vez hasta suavizar la arena. Todo eso comprendió y por eso comprendería cualquier milagro.

Como si saliera de un sueño, se acercó hacia un montón de tablones de madera apilados en un rincón del taller. Con vista serena fue analizando cada trozo de madera, su tonalidad, su color, su dureza. Imaginó el corte, la forma y la talla. En unos segundos, las sillas estuvieron hechas en su mente. Tomaron forma y color. Suspendido en el tiempo se sintió a sí mismo pasando el paño con el barniz por la pulida superficie de la madera y, sujetando el cuero oscuro y brillante al asiento. Las sillas fueron reales en toda su extensión. Saliendo del trance, se sacudió las manos y cogió varios tablones, los que le parecieron que contenían en sí mismos las sillas antes representadas en su mente. Uno a uno, fue llevándolos hacia el lugar dónde estaban las herramientas necesarias para comenzar su trabajo. El patrón le miraba con aspecto imperturbable. De vez en cuando, Shamil miraba de reojo hacia donde descansaba. Nunca sorprendía algún gesto por el que adivinar los pensamientos de éste, ni reprobatorios ni de aprobación. Comenzó a trabajar con calma y con seguridad. Recordaba los trabajos que había realizado en su pueblo, aquellos que llegaron a ser parte de sí mismo, obras desarrolladas a partir de unos modelos que él tenía ya construidos dentro de sí. Las horas pasaron velozmente. Sus compañeros pararon para comer. El patrón también salió durante un tiempo, volviendo después y situándose en el mismo lugar y en la misma postura que tenía anteriormente. Shamil seguía trabajando despacio, acariciando la madera a cada corte, con cada golpe de martillo. El sol se fue y sus compañeros fueron desapareciendo en silencio uno tras otro. El patrón se levantó, colocó la llave en la cerradura de la puerta de salida del taller y se despidió con un movimiento casi imperceptible de cabeza.

Shamil estaba perplejo. Se preguntaba qué clase de lugar era aquel al que había llegado para trabajar, y qué clase de personas eran sus compañeros, y sobre todo, quién sería el patrón. Aparentemente nadie tenía reglas para trabajar, ni horarios ni directrices, pero no obstante allí estaban todos aquellos muebles magníficos, hechos con cuidado y esmero.

Cuando por la mañana entraron los trabajadores, se encontraron a Shamil echado sobre un montón de pieles y durmiendo. En el suelo se alineaban las estructuras acabadas de seis sillas, primorosamente construidas y finamente talladas. Shamil abrió los ojos, el ruido de la sierra eléctrica le despertó y vio que ya era de día. La luz entraba a raudales por la puerta que daba al patio interior. Los compañeros le miraron y rieron divertidos. Su aspecto no debía de ser muy bueno. Estaba cansado y el polvo de madera le cubría el pelo y la barba dándole el aspecto de un fantasma. Él mismo se rió. Salió un momento al patio, se lavó en la alberca, oró, comió un pedazo de pan y una naranja que aún conservaba en la bolsa, y volvió al trabajo. Tres días con sus noches tardó en construir las sillas. Cuando estuvieron terminadas, eran las mismas que estaban en su mente. Al llegar el cliente y ver las sillas, la cara se le iluminó de alegría. Esas eran las sillas que él había

querido pero que no había sabido explicar. Si, aquel pequeño carpintero había dado forma a sus deseos ocultos. Felicitó al patrón, y le ofreció a Shamil una generosa propina, que éste rechazó.

-Gracias señor, pero no puedo aceptar un premio por haber hecho mi trabajo. Mi patrón ya me paga por él lo justo.

-Acéptalo, te lo ofrezco con corazón alegre.

-Señor, puesto que es fruto de vuestra satisfacción y alegría, ofrezcedlo como limosna a cualquier necesitado y al hacerlo acordaos de mí.

-Lo haré como tú me lo pides. Dios te bendiga.

-Dios os bendiga también hermano.

Shamil es un buen carpintero. Él entra en la madera, la comprende, se convierte en ella y luego le da la forma del objeto que siente en su interior. Pero es solo un objeto, aunque sea magnífico, de talla perfecta, de color satinado y de hermoso brillo. Las formas de todos esos objetos están dentro de él, en su naturaleza y más allá. El maestro carpintero lo sabe. Por eso admira las obras salidas de las manos de su obrero, aunque él siga tocando el ney, indiferente a otra cosa que no sea su sonido.

Si un niño jugara a ser músico, no necesitaría instrumentos musicales para entrar realmente en el reino de los hermosos sonidos. El ney del maestro sonaba como los juegos de los niños, alegre y pletórico, lleno de esperanza y de futuro. Todo por hacer y a la vez perfecto en su imperfección. Las notas volaban como mariposas, flotaban en el aire como los copos de nieve cuando los mecía el viento. Así de hermoso era su sonido, puro en su aparente improvisación.

Cuando el cliente salió, el patrón llamándole por su nombre le dijo:

-¡Shamil!. Una mesa pequeña dónde colocar el Libro.

Los obreros le miraron por unos segundos y continuaron trabajando sin decir nada. Shamil tampoco dijo nada. Se acercó de nuevo al montón de madera y estuvo rebuscando en él durante un buen rato. Ninguno le parecía adecuado. Las vetas, los nudos, el color, incluso el aroma que desprendía la madera le pareció de pronto vulgar y miserable. Abatido se puso en cuclillas ante el montón de tablones y unas lágrimas calientes surcaron sus mejillas abriéndose paso sobre el aserrín que le cubría la cara. Se levantó al cabo de un momento, se despojó del mandil y salió del taller para dirigirse a su casa. Recorrió el camino casi sin darse cuenta. Las ideas le iban y venían como relámpagos en una tormenta, alumbraban un poco y volvían a desaparecer con la misma rapidez y sin dejar tras de sí nada de aquella luz, solo confusión y angustia. ¡Cuanto hubiera dado en aquellos momentos por tener cerca los consejos de Ahmara, o la distracción de sus amigos del pueblo!. Se sentía de nuevo extranjero, solo en aquella ciudad extraña, asustado y desconcertado.

Al llegar al portal de la casa iba en un estado deplorable, pálido y tembloroso subió los escalones rápidamente y en unos segundos se encontró ante la puerta del apartamento. Sacó la llave del bolsillo y abrió. Una vez dentro, cerró tras de sí y se dirigía a su habitación cuando se encontró con su compañero, éste se encontraba sentado junto a la ventana y en una pequeña mesa que tenía ante él, en total desorden, se encontraban unas pinturas y unos pequeños lienzos. El olor a pintura llenaba la habitación. Parado en medio del salón le miró y Sufan le devolvió la mirada con expresión entre intrigada y divertida.

-¿Ya de vuelta?

-Ya ves. Estoy algo cansado y voy a tomarme unas horas para descansar un poco, comer y pensar.

-¿Tienes algún problema en el que yo te pueda ayudar?

-No sé. Tal vez.

Durante unos segundos Shamil pareció sumirse en sus pensamientos, su compañero permaneció en silencio a la espera de la decisión del muchacho. Éste, acercó una de las sillas a la mesita donde se encontraban las pinturas, y se sentó en ella depositando las manos sobre las rodillas. Miró de frente a Sufan y le dijo:

-Mi patrón me ha encargado una pequeña mesa en la que depositar el Libro.

-Ya.

-Por primera vez en mucho tiempo no encuentro la forma ni el material con el que hacer lo que tengo en mente.

-Es fácil.

-¿Fácil?. Parece que no lo has comprendido. No encuentro el material lo suficientemente valioso, hermoso y puro para realizar esa obra, es más, creo que no existe.

-¿Crees que tu patrón es una persona sensata?

-Por supuesto que si.

-¿Crees que te pediría un imposible?

-No.

-¿Es humilde?

-Si.

-Bien.

Sufan cogió los pinceles que había depositado sobre la mesa y siguió pintando sin mirar a Shamil. El sol entraba por los cristales e iluminaba la mitad de la habitación.

Shamil se quedó durante unos minutos silencioso, mirando sin atención hacia la ventana, su apariencia era distraída, como si estuviera pensando en algo. Pasado un tiempo, durante el cual su compañero no había parado de pintar, se levantó y retirando la silla preguntó:

-¿Conoces a Ahmara bien?

Sufan se giró hacia él lentamente, sin dejar traslucir sorpresa alguna.

-Si.

-¿Has hablado con ella de mí?

-No. Por lo menos no como tú piensas.

-Ya. Comprendo.

-¿Comprendes?

-Si. Ahora comprendo muchas cosas -dijo con aire pensativo y moviendo lentamente la cabeza. -Iré a mi habitación un rato.

Sufan no se inmutó, siguió con su tarea, impassible.

-Que Dios te acompañe -le dijo al muchacho.

-Que Él quede contigo.

Con pasos lentos pero seguros, Shamil se encaminó hacia su habitación.

Durante varios días no salió de allí, la ventana permaneció también totalmente cerrada. El silencio era total, había perdido la noción del tiempo y del espacio. Los pájaros oscuros volaron sobre él durante todo el tiempo, sus alas de sombras le rozaron la frente. Sufan siguió haciendo su vida normal, incluso la reunión de los jueves se desarrolló con toda normalidad. Dentro, en un rincón del pequeño cuarto, Shamil permanecía acurrucado y como ausente. Parecía él, pero, ¿quién podría asegurarlo?. Llevaba como única vestimenta una especie de poncho hecho con un pedazo de saco agujereado y sucio. El cuerpo lo tenía oscuro y cubierto de ceniza. Sus ojos brillaban como los de un loco. Los cabellos le caían desordenadamente mezclándose con la barba enmarañada. La ceniza le cubría por entero. Temblaba. Por su mente pasaban las ideas y deseos más terribles. Se iba recreando en cada uno de ellos. Se convertía en ladrón, en asesino, en salteador, en un animal feroz e irracional. Todo el mal se acumuló en aquel rincón durante ese tiempo. Un remolino de sombras, un tornado de angustias y desesperación lo destruyó completamente. Un día, de improviso, los cielos se despejaron. Shamil abrió la ventana y vio el azul purísimo apenas rozado por unos trazos de nubes blancas. Durante unos minutos el silencio y la quietud fueron totales. Sólo se movían, muy despacio, las copas de los árboles. El día era bellissimo. Una oleada de bien lo inundó. Cuando se abrió la puerta, el hombre que salió de allí, no era el que había entrado tres días antes. Su aspecto era limpio y aseado; sus ropas, claras y perfumadas, crujían al andar. Tenía el rostro inundado de paz y armonía. Despacio, se dirigió hacia el taller de carpintería de dónde había salido unos días antes. Durante el camino sintió el sol que daba sobre sus mejillas, las sombras de los árboles que salpicaban los parques por los que cruzaba, las risas de los niños y los perfumes de las frutas que acarreaban los vendedores. El día era hermoso. Mientras caminaba iba entonando una melodía que había oído no recordaba dónde. Llegó frente a la puerta del taller casi sin darse cuenta. El camino se le había hecho muy corto. Empujó la puerta y entró. Saludó a sus compañeros y se acercó al patrón. Bajó los ojos humildemente y le dijo:

-Haré una mesa para el Libro, con la ayuda de Dios.

El hombre asintió con la cabeza y le hizo un gesto de despedida con la mano. Permaneció inmutable, pero sus ojos brillaban como diamantes.

Shamil no se dirigió ésta vez al montón de maderas preciosas en las que antes había rebuscado, sino que se dirigió al patio interior. En uno de los rincones del patio, había visto antes un tronco viejo y nudoso casi escondido entre recortes de maderas y muebles a medio hacer. Lo cogió, y observándolo mejor, reconoció un tronco de olivo, todavía con las raíces cubiertas de tierra. Lo

limpió con cuidado y lo apoyó sobre la pared encalada del patio, después hizo un agujero en la tierra -junto a la alberca dónde caía el agua- y volvió a plantarlo con gran cuidado. Lo regó abundantemente y se sentó en el suelo, junto al olivo recién plantado. Un día tras otro llegaba al taller y se sentaba en el mismo lugar después de regar el tronco de olivo. El dueño del taller no decía nada. Nadie decía nada. Después de semanas siguiendo la misma rutina, una mañana, cuando estaba regando, como de costumbre, cuidadosamente el árbol, observó que le habían nacido unos pequeños brotes. El olivo era de nuevo un árbol que daría fruto, si Dios quería. La noche cayó sobre los olivos.

Nadie supo dar referencia del muchacho. A los tres días apareció por el taller como si nada hubiera pasado. Nadie le preguntó nada sobre su ausencia. Su estado dejaba entrever que durante los tres días que había estado desaparecido no se había ocupado de sí mismo. La barba la tenía descuidada y debajo de los ojos, dos círculos oscuros le daban un aspecto cansado, como de no haber dormido. Dejó de nuevo el cubo del agua junto a la alberca y entró en el taller. Dirigiéndose al patrón, le dijo señalando hacia el patio:

-La mesa para el Libro está hecha.

-Bien -contestó el patrón.

Y levantándose del lugar en el que estaba sentado, siguió a Shamil hasta el árbol. El muchacho se agachó y mostró los pequeños brotes que, con su verdor, desafiaban a la corteza seca y oscura. Cuando levantó los ojos, vio que todos sus compañeros estaban junto a él. Sintió que estaba en el pequeño huerto de su pueblo, junto a sus amigos de siempre. Supo entonces con certeza absoluta que no estaba solo, que nunca lo había estado y que nunca lo estaría. Fuera a donde fuera, en el espacio y en el tiempo, siempre habría alguien caminando junto a él.

La felicidad les henchía el pecho, como si una ola inmensa de Amor los hubiera inundado enteramente. Ni risa ni llanto. Ninguna manifestación salió de ellos.

Esa noche durmió muy pocas horas. Cuando regresó a su casa, ésta se encontraba vacía y no tuvo ganas de prepararse nada de comer, ni siquiera de hacerse un té. Se fue directamente hacia su habitación y sin desvestirse, se echó sobre la cama y quedó profundamente dormido. Soñó que se encontraba con su familia, con todos aquellos que habían muerto hacía muchos años. Comía y conversaba con ellos, eran felices. Soñó también con gente a la que no había conocido nunca y paseó por ciudades que no había visto. Visitó jardines perfumados y paseó junto a Ahmara por calles estrechas bordeadas de jazmineros que parecían cubiertos de nieve.

El sol del amanecer entró de lleno en la habitación y Shamil se despertó. La habitación estaba fresca. En la mesita de noche se abrían un puñado de jazmines blancos.

El muchacho ordenó la habitación en un momento. Estiró la colcha y cogió del armario ropa limpia con la que cambiarse, la del día anterior estaba arrugada y olía a sudor. Pensó que no dormiría más con la ropa puesta. Casualmente, al pasear su mirada por todo, reparó en las pequeñas flores blancas que abrían sus pétalos sobre la mesilla. Despacio se acercó y cogió uno de los jazmines, estaba fresco y a medio abrir. Su perfume dulce llegaba hasta él nítidamente. Lo dejó en el mismo lugar del que lo había cogido y salió hacia la ducha con la ropa limpia sobre el brazo.

En la mesa del salón había una tetera humeante, unos vasos, azúcar oscura y unas rebanadas de pan tostado aún calientes. Sentado en un silla, Sufan desayunaba despacio y leía a la vez un pequeño libro de cubierta oscura. Junto a la ventana había una maceta de albahaca y otra de hierbabuena.

-Buenos días Shamil.

-Buenos días Sufan. Ayer brotó la mesa.

-¡Al fin!

Lo miró en silencio con una sonrisa en la boca.

-Mira, un amigo botánico nos regaló esas dos macetas... -dijo Sufan señalando hacia la ventana.

-¡Que hermosas!. ¿Cuándo las ha traído?

-Él no las ha traído, las he plantado yo en su nombre y en recuerdo suyo.

-¿Has oído lo que te he dicho antes?

-Si, lo he oído. ¿Y tú?. ¿Estarás siempre adormilado como un niño? ¿Necesitarás siempre decirnos los pasos que das? ¿Acaso no comprendes que estamos todos bebiendo del mismo vino y conocemos el sabor sin que nos lo digamos los unos a los otros?

Shamil bajó la cabeza avergonzado.

-¡Dios me perdone y me asista! Y tú también, perdona mi arrogancia y mi soberbia. Perdona a éste ignorante que quiera gritar al mundo su gratitud al Altísimo por sus beneficios para quien no los merece. Perdóname.

-Hermano, yo he faltado al reprenderte sin conocer tu estado lo suficiente. En el Misericordioso me refugio de las palabras dolorosas.

-No me han dolido tus palabras sino mi ignorancia. Después de tantas gracias y maravillas aún no he comprendido cual es mi estado. Te suplico que me ayudes en lo que puedas y que el Misericordioso te lo recompense.

Sufan miró sonriendo a Shamil y con un ademán de la mano, le ofreció asiento junto a él. Shamil se sentó con un suspiro de alivio, miró a su compañero a los ojos y le extendió las manos con las palmas abiertas hacia arriba, sobre ellas se pusieron las otras, dulce pero vigorosamente. Las risas llenaron toda la casa.

Durante toda la tarde Sufan le estuvo hablando del botánico.

Era un hombre de edad media, alrededor de los cuarenta años, delgado, de cabello oscuro y aspecto descuidado. Siempre calzaba unas zapatillas deportivas muy gastadas y no sentía ningún apego ni prestaba ninguna atención a su indumentaria. Era un hombre al que le sucedían los hechos más extraños con una sorprendente naturalidad. Sufan lo conocía a través de una amiga. No lo había visto nunca, ni siquiera se habían llamado por teléfono. Sin embargo, Sufan conocía minuciosamente, hasta las oscilaciones de su estado de ánimo.

Observando la vida de este botánico, se podía comprender, que la suya era una aventura sorprendente. Conocía a mucha gente que estaba de paso, aunque él, debido a sus ocupaciones, no pudiera acompañarlos en sus viajes. Todos sabían que era un enlace necesario entre los diferentes eslabones de la cadena. Si él hubiera sabido quién era, tal vez, hubiera tenido un hermoso jardín, en el que habría plantado las flores que le correspondían. Así, todo aquel que pasara cerca, sabría quién

vivía allí y cuál era su estado y su camino.

Era un hombre bendito que se encontraba por lo común con el espíritu sumido en la estrechez y el aprieto.

Los jueves, algunos amigos se reunían solo por encontrarse y charlar. Cada uno de ellos pertenecía a una diferente forma de vivir la misma realidad, pero no obstante, formaban un grupo. Si cada uno de nosotros tiene una misión clara y una finalidad que cumplir en su vida, la misión de este botánico era la de poner en contacto a todos los miembros de la Hermandad Invisible. Él, realmente, no sabía quien era, y seguramente, estaría en este desconocimiento durante toda su vida.

Capítulo 5: La ola

*Esto es Amor: volar hacia el cielo
romper a cada instante cien velos
al principio, renunciar a la vida;
al final, caminar sin pies.
Considerar este mundo invisible,
no ver lo que parece a uno mismo.
“Oh corazón”, dije, “¡bendito seas
al haber ingresado en el círculo de amantes,
al ver más allá del campo de la vista,
al penetrar las sinuosidades del seno!
¿De dónde te llegó este aliento,
oh alma mía?
¿De dónde este palpar,
oh corazón mío?
Oh pájaro, habla en la lengua de los pájaros:
puedo comprender el sentido oculto.”*

Jalaluddin Rumi

Las ciudades parecen un bloque homogéneo de gentes ajenas entre sí, indiferentes las unas con las otras. Un lugar en el que nadie conoce a nadie y además no quiere conocer a nadie. Una masa de gente dormida que anda de un lado para otro sin rumbo definido. Un mundo de sonámbulos que se desconocen entre sí. Pero no suceden las cosas de esta forma. Las apariencias nos engañan. Entre toda ésta gente, existen auténticos despiertos, personas que luchan por despertar o por no dormirse. Existen luchadores infatigables, héroes que como en la antigüedad, se enfrentan contra las apariencias, contra lo que parece ser el destino. Ellos saben y conocen, que más allá de las apariencias existe la esencia de la realidad, la realidad de cada uno, un camino que es suyo pero que está aún por hacer. Estas personas tienen los mapas grabados sobre sus corazones pero necesitan conocer el camino que lleva a ellos.

Las calles se veían llenas de gente que no existe, de voces y sonidos que nadie había articulado. Las calles estaban vivas y vigilaban cuanto se hacía. Hacia el sur, tras la retama y la tierra volcánica, se adivinaba el mar. En las tardes rojas un rumor de olas traspasaba los muros encalados. Sufán, erguido en la puerta, observaba el horizonte. En la parte alta de la isla, aquel hombre trabajaba para su provenir, para sus otras vidas futuras. No se sabe si llegó a descubrir el camino para llegar a su futuro y a su pasado, pero alguien le estuvo enviando, durante mucho tiempo, mensajes desde el

pasado. Él nunca contestó, tal vez no estaba en ese momento tan despierto como el creía, o estaba tan ocupado en dejar un rastro que pudiera seguir a su vuelta, que no se dio cuenta que la clave estaba en el pasado, y esa clave, como siempre, estaba mezclada con otros cientos de mensajes inútiles.

Una tarde de verano, vinieron los mares de improviso, con prisas de caracolas y sonidos de espumas rizadas. Subieron por las orillas de los acantilados oscuros. Por las noches murmuraban las olas sus historias de naufragos. Shamil las escuchaba desde las orillas, oía historias de personas desconocidas. Paisajes de tierras lejanas se internaban por sus ojos, perfumes y sonidos de ambientes desconocidos, mujeres enigmáticas como el fuego o claras como el agua. Algunas llevaban a su alrededor un aura de tonos verdes, de todos los verdes del norte, y otras, estaban rodeadas de sol; de amarillos y de azules del cielo. Los mares siempre traen ecos lejanos, gozosos y terribles, maravillosamente mezclados. Shamil los estaba conociendo todos, se estaba construyendo un alma que abarcaba todos los estados.

Los sonidos del violín llegaron hasta la habitación. Shamil se despertó oyendo los tonos alegres que venían desde algún lugar de la casa. Se levantó feliz y abriendo la puerta buscó el lugar del que venía la música. Sufan estaba de pié en el centro del salón y tocaba el violín moviéndose de un lado para otro, alegre como nunca lo había visto. Sus ojos del color del ámbar brillaban. Estaba descalzo, vestido con un pantalón que le quedaba ancho y un suéter de cuello de pico por el que asomaba el cuello redondo de la camiseta blanca. Se miraron divertidos y mientras sonaban las notas del violín, Shamil comenzó a bailar dando giros y más giros a la vez que reía y elevaba las manos al cielo. La música seguía in crescendo. El muchacho giraba más y más y el violinista comenzó también a bailar alrededor de su compañero. Era una escena divertida. Los sonidos parecían moverse como estrellas fugaces.

Pasados unos minutos los dos se sentaron en el suelo de la habitación y se dejaron caer hacia atrás, cerrando los ojos y abriendo las palmas de las manos hacia arriba, como si sobre ellas descansaran todos los planetas y todo el poder del universo. Eran esos instantes, durante los cuales, los espíritus hermanos se unían profundamente, se comunicaban, se integraban unos en otros.

Shamil se reincorporó y cruzando las piernas, apoyó las manos en el suelo y quedó sumido en sus pensamientos.

Sufan se levantó, cogió el violín que había depositado anteriormente en el suelo y metiéndolo en su funda, se alejó con él hacia su habitación cerrando la puerta tras de sí. Siempre en silencio, su compañero se dirigió también hacia su habitación. Era día de fiesta y no había trabajo. Las familias se ponían su ropa más bonita y salían a pasear. Los parques, los jardines y las calles estaban llenos de padres con sus niños. Mujeres en grupos, charlaban y reían. Los comercios estaban cerrados. En las puertas de los cines los jóvenes hacían cola para sacar las entradas. En los cafés también se veían grupos de amigos o familias enteras sentadas. A Shamil le gustaba ver este paisaje, le hacía sentirse acompañado. Parecía que todas esas personas le miraban con simpatía, pensó que si se dirigiera a alguno de ellos, podría hablar con él como si fuera un viejo amigo.

Después de dar un paseo, volvió a la casa andando de prisa y bastante feliz. Subió los escalones de dos en dos y entró en la casa como un torbellino. La habitación estaba preparada como para una reunión de amigos, pero allí solo se encontraba la niña que ya conocía de la reunión anterior. Estaba sentada en un silloncito y tenía las manos cruzadas sobre el regazo, el cabello castaño se lo recogía en una coleta adornada con un lazo ancho y muy planchado. Shamil se sentó frente a ella. La niña lo miró con los ojos muy abiertos, pero no parecía estar sorprendida, más bien parecía estar evaluando a ese hombre que se sentaba frente a ella y que a su vez la miraba con interés creciente. El interés del hombre aumentaba el interés de la niña.

-¿Quién eres? -preguntó Shamil sin sonreír siquiera, como si le hablara a un adulto.

La niña elevó los hombros como dando a entender que no lo sabía o que no quería decirlo.

-Pero tú has venido con los amigos de Sufan. ¿De qué los conoces?

-No los conozco -contestó la niña con la voz muy baja.

-Pero tú has venido con ellos, y no irás con gente desconocida. ¿Verdad?

-Ellos si me conocen y conocen a mi familia.

-A ti ¿te gusta venir a las reuniones?

-Si.

-Pero nunca dices nada.

-¿Para qué?. Ahora solo escucho. Si hablara no escucharía.

-¿Para qué quieres escuchar?

La niña lo miró despacio e hizo un gesto de indiferencia. Shamil no le pareció demasiado interesante, ni siquiera le pareció un hombre inteligente. Preguntaba demasiado y eso era signo de que sabía pocas cosas y entendía aún menos.

-¿Y tú que haces aquí, al lado de Sufan?

Preguntó la niña, con una madurez que hasta entonces solo se le sospechaba. A Shamil le cogió por sorpresa la pregunta.

-Soy carpintero y trabajo en un taller. No soy de esta ciudad, por eso vivo con Sufan. Compartimos la casa.

-¡Que tontería! Esa no es la razón, aunque puede ser que tú no lo sepas.

-Que yo no sepa ¿el qué?

-Pues la razón de que vivas aquí y no en otro lugar y con otras personas.

-Parece que tú lo sabes.

-Puede ser.

-Pues dímelo.

-Sabes aún pocas cosas.

Dijo la niña y volvió a centrar su interés en una estrella de mármol con doce puntas que estaba colocada sobre una mesa, en un rincón del salón. Observaba las aguas del mármol, las vetas, el brillo del pulido, cada uno de los diminutos granos de la piedra. Lo observaba todo. Shamil se

quedó callado. Pensó que la niña aprehendía la estrella como él hacía con sus muebles. Sonrió y se sintió muy cercano a ella, aunque sintió una leve inquietud. La niña parecía ser su Madre. La miró con curiosidad, pero no sorprendió ningún aspecto que no fuera propio de una niña de once o doce años.

Su presencia le hacía sentir como si el tiempo lo arrastrara y lo olvidara luego con la fuerza de una catarata. Como si lo ignorara con la dulzura y el cansancio de los recuerdos lejanísimos. A Shamil le daba miedo esa sensación de alegría. Las gentes felices lo aturdíán. Le cansaban, también, los tristes con sus palabras amargas. A los únicos que soportaba con cierta tranquilidad de espíritu era a los racionalistas. Él mismo, que siempre había intentado racionalizar hasta los hechos más nimios, se encontraba a veces desbordado por las nuevas situaciones, las nuevas experiencias y los nuevos sentimientos que le llegaban cada vez con más asiduidad. Se sentía en un proceso de transformación profunda y muy rápida.

La puerta de la calle se abrió y entró en la habitación un grupo de personas. La niña los miró y saludó con una sonrisa y un vaivén de la mano. Shamil salió de sus pensamientos, y levantándose, se acercó a ellos para ayudarles a dejar en la cocina los paquetes que llevaban.

De improviso, los ecos de un alboroto llegaron hasta la ventana abierta del salón y todos los presentes se miraron entre sorprendidos y alarmados. En vez de asomarse a la ventana corrieron escaleras abajo hasta llegar al portal del edificio, cruzaron el pequeño jardín y se arremolinaron junto a la puerta de la cancela. Un enorme grupo de gente saltaba y corría al encuentro de un hombre semidesnudo, éste, indiferente al griterío de la muchedumbre que le seguía, caminaba despacio, con la cabeza erguida y una expresión de tranquilidad en sus ojos. Tal vez no fuera una expresión de tranquilidad, sino de desprecio. Ese mendigo harapiento despreciaba, no solamente a la gente que le seguía, sino también a la que dejaba indiferente. Despreciaba a la humanidad entera. Cuando pasó delante de ellos, los miró altivamente y siguió su camino. La pena les atenazó el corazón. La lástima los empujó hacia adentro de la casa y estuvieron, durante un buen rato, sentados unos frente a otros y sin decir palabra. Ese hombre, con su soberbia, más grande que la de un emperador, desafiaba a la creación rechazando cuanto le había sido concedido y enorgulleciéndose de ello. Despreciaba lo que la naturaleza le había dado, como si él por si mismo fuera algo. En verdad, que ese hombre, cometía un gran pecado creyendo, que su desprecio hacia toda la creación, le acercaba al Eterno.

La niña se levantó, veloz como una polilla, y feliz nos dijo:

-Levantad, recojamos todas las cosas y vayamos poniéndolas en el coche. Tengo ganas de llegar a la casa del campo.

-¿Os vais al campo? -preguntó Shamil.

-Nos vamos todos, tú también.

-¿Yo?

-¿No quieres? -preguntó la niña asombrada.

-Si claro. Me voy con vosotros.

Capítulo 6: La llave

*Lo que deseo es que tú seas como el polvo
sin duda bajo los pies hallarás la pureza.
Así serás semejante al polvo del camino
sé semejante al polvo que pisotea el pie de los vivos.
Sé humilde y elige el silencio como oficio
y en uno y otro sé para siempre paciente.
De paciencia hacer acopio necesitas
pues se ha dicho que la paciencia es la llave de las cadenas.*

Farid ad-Din Attar

La casita en el campo era pequeña, de construcción rústica, con el suelo de piedra y un jardín, no muy grande, plantado enteramente de naranjos y limoneros. A lo lejos se podía ver el mar los días claros.

Siempre está amaneciendo en las tierras del sur, todo florece y sobre el paisaje gris de los suelos áridos, la aurora pone joyas de oro y corales.

Sufan y Shamil estaban sentados en una galería acristalada donde se resguardaban del fresco de la noche. Miraban hacia fuera, a los árboles sumidos en la penumbra. Suphan habló:

-Sobre los sueños, habría mucho que decir. Hay gente que sueña y gente que vive del sueño. También gente que vive en sueño constante. Los sueños son en su mayor medida, esa necesidad de vaciar de fantasmas las mentes, de vivir otras vidas, tal vez más auténticas que las reales. En última instancia, aquellos que están hastiados de la vida y de la realidad, piensan y quieren creer, que la vida es un sueño breve. No pensamos que sea así, y aunque así fuera debemos vivir plenamente nuestros sueños, como si no hubiera otra posibilidad de vida. Como si en esos minutos nos jugáramos todo, incluso a nosotros mismos.

Shamil respondió:

-Cuando algo sale extraordinariamente bien, se dice que parece un sueño. ¿No contamos con los malos sueños, aquellos en los que nos sentimos perseguidos por angustias absurdas, por monstruos imposibles?. Tal vez no sea posible decir “monstruos imposibles”, todos son posibles en el laberinto de la mente humana.

-Y si no es así ¿Que valor tienen los sueños?. ¿No es cierto que muchos hombres avanzaron a través de los sueños?. Científicos reconocidos llegaron a sus descubrimientos a través de un sueño revelador. Profetas y santos soñaron palabras Divinas, y en sueños se presentaron ángeles benéficos.

-Los sueños y los Sueños no son lo mismo, como un olivo y otro no es el mismo aunque de los dos se extraiga la aceituna y el aceite. Por eso un aceite y otro no es el mismo aceite. El mundo de las apariencias nos hace ver cómo dos cosas son iguales aunque ni siquiera se parezcan. Tus ojos y tus ojos, no son los mismos ojos y no ven lo mismo. Allí donde unos ven un rey poderoso y en toda su magnificencia, los otros ojos ven un hombre infeliz y desorientado.

-Ahora que lo dices, es verdad, yo mismo lo he pensado muchas veces.-respondió Shamil.

-Ya. Es difícil no pensarlo cuando lo tienes continuamente delante.

-Ojalá algunas personas vivieran solo de sus sueños, porque sus sueños son mejores que sus vidas.

-Puede ser, aunque también es cierto que todo lo que soñamos es aquello que de una forma o de otra ya conocemos y hemos vivido.

-Entonces ¿cómo puede ser que soñemos con lugares y cosas que no conocemos ni hemos conocido nunca?

-Eso no es posible. Todo lo que sueñas, incluso las personas, sus caras, sus gestos y sus personalidades, ya lo conocías anteriormente.

-¿Cómo?

-En otros tiempos, en otros lugares...

-Es posible. O tal vez la memoria genética. Todo aquello que nuestros antepasados vivieron, sus amores, sus frustraciones...

-Todos somos eslabones de una cadena.

-Una cadena. Me da la sensación de fatalidad, de esclavitud, de imposibilidad de escapar de esta trampa. Cada día se atormenta más mi espíritu con éstas reflexiones.

-No, no, la cadena no es aquí un símbolo de esclavitud sino de continuidad. Los eslabones están abiertos, se mantienen unidos solo para ser más fuertes, para tener guía. ¿Comprendes?

-Todo es tan fácil y a la vez tan complicado.

-Es fácil si lo sientes y es complicado si intentas racionalizarlo.

-Si, así es.

La mañana comenzó a clarear sobre las montañas. La luz se empezó a derramar por las tierras, coloreando el horizonte. Los dos amigos se quedaron en silencio mirando las tonalidades anaranjadas. Las flores expandían sus perfumes por los jardines y entraban por el amplio ventanal de la terraza. También se sentía, se saboreaba. Una amplia sonrisa iluminó la cara de Shamil. Sufan le miró y adivinando lo que sentía, también sonrió. ¿Cómo se podría racionalizar ese amanecer?. ¿Cómo se podría describir con palabras?. Siempre viene el destino en ayuda de los que buscan.

-Los eruditos y los teólogos. ¿También sentirán esta belleza?

Preguntó Shamil, con voz baja, como temiendo romper el momento mágico.

-No tienen tiempo, están todo el día hablando de lo que dicen son las “cosas divinas”. Nada entendemos de cuanto dicen y nada nos importan aquellas premisas en las que fundamentan sus afirmaciones y sus teorías. Fundan un cuerpo de doctrina y luego establecen unos dogmas inamovibles. Nada nos importan ni su doctrina ni sus dogmas. Nosotros miramos al horizonte, pero estamos atentos al reflujó de las olas. Nuestros ojos miran al frente pero nuestros pies están en la arena mojada de la orilla. Nuestra mano derecha se eleva a los cielos, la izquierda se dirige a la tierra. Lo que se nos concede en una mano con la otra lo damos. Estamos vivos, despiertos y tenemos el tiempo necesario -contestó Sufan fijando los ojos en el horizonte.

Hasta ellos llegaba el rumor de las olas. El perfume de las algas y de la hierba cortada hacía poco, entraba furtivamente por los huecos de las ventanas. Una rosa amarilla como la última luna, se balanceaba en un vaso.

Cuando amaneció, los dos hombres seguían sentados en el mismo lugar. En unos minutos la galería se llenó de voces. Todos los amigos fueron reuniéndose poco a poco alrededor de la mesa. La niña sacó de la cocina una enorme jarra de naranjada, que depositó cuidadosamente sobre un plato de cristal. Una gota de zumo resbalaba por el cristal hasta llegar al plato. Una de las mujeres llevó una bandeja llena de pan y otra una botella de aceite de oliva que depositó también sobre un plato, en la mesa. Cada uno, entre risas y bromas, fue acercando su silla. El grupo de comensales era de lo más heterogéneo. Nadie que los viera desde fuera podría comprender que es lo que unía de una forma tan intensa a personas tan dispares. Parecía una representación de la humanidad. Piel, cabellos, ropas, idiomas, todos tan diferentes. En el fondo, sin embargo, todos estaban en el mismo proceso. Eran viajeros unidos por las circunstancias del viaje.

-Buenos días.

Cada uno fue saludando en un cruce de saludos animado y alegre.

Shamil acercó también su silla y cogió un bollo y un vaso que llenó de té. Mientras desayunaba una liberadora despreocupación se iba apoderando de él. Sufan también se acercó a la mesa y entre risas y conversaciones con los otros compañeros se fue tomando también un té en el que introdujo una ramita de hierbabuena.

-¡Mirad!. Por el camino sube alguien.

Dijo la niña, señalando con el dedo índice hacia el camino de gravilla que llevaba hasta la casa.

Varios pares de ojos se posaron sobre la figura que se veía a lo lejos. Era una mujer. Mientras avanzaba, en un momento se detuvo y con un ademán rápido se recogió el cabello que llevaba suelto. Siguió avanzando.

-¡Es Ahmara! -dijo Shamil mientras abría unos ojos como platos y se precipitaba hacia fuera de la casa con los brazos adelantados.

-¡Ahmara!

Gritaba mientras avanzaba.

En la casa, la gente miraba. Mientras se acercaba, Ahmara iba imaginándose cómo sería el encuentro con Sufan, qué le diría, los gestos, la colocación de las manos; incluso el tono de voz y la forma de sentarse. Tantas cosas pensaba que el corazón le latía muy deprisa. Creyó que no resistiría el trayecto. Trató de concentrarse en el paisaje inútilmente. Después comenzó un ejercicio respiratorio de relajación. Volvió a mirar el paisaje y por último pidió ayuda a Dios, con voz muy baja para que nadie la oyera. En un momento sintió la casa. Allí dentro, en cualquier lugar, estaba él. Sintió unos deseos incontrolables de salir corriendo y volver al hotel, alejarse de allí para siempre. Sentía terror. En esos momentos se jugaba toda su vida, la futura y la pasada.

Recordó que un día encontró el mapa de un tesoro y lo siguió durante todos esos tiempos. Ahora podría abrir el cofre y saber si el mapa era real o había sido un engaño. En cualquier caso, ella ya había recorrido el camino y eso no tenía vuelta atrás. Lo mejor era olvidarse de cualquier duda y seguir el mapa hacia cualquier lugar que la llevara. Había llegado hasta allí y eso significaba que, fuera lo que fuera lo que encontrara, era suyo. La esperaba allí desde el principio de los tiempos.

Solo entonces se calmó y venció algo el miedo.

Cuando llegaron al umbral de la casa, Shamil fue presentándole al grupo de personas que se habían reunido allí para desayunar.

Ahmara, aún desde el jardín, los saludó uno a uno con una sonrisa. Saludó también a Sufan tendiéndole la mano y mirándole a los ojos profundamente, durante un tiempo imperceptible para los demás. Él también la miró y dijo unas palabras de cortesía, la fórmula tradicional para cualquier visitante.

-Una interesante reunión de personas...-comentó Ahmara.

A Shamil le pareció algo brusca la observación y casi impertinente.

-¿Por qué? -preguntó Julia, la madre de la niña.

-Por las diferencias y por las similitudes. Hay un gran equilibrio debido a las diferencias de cada uno. Todos buscando fuera lo que no valoran cuando lo tienen ante sí. No reconocen lo que buscan cuando lo encuentran.

Shamil se sintió inquieto porque temía que las palabras de su amiga pecaran de imprudentes y de soberbias.

-¿Cómo nos has encontrado? -preguntó apresuradamente el muchacho, intentando desviar la conversación por otros caminos.

-Pregunté a unos amigos. Necesitaba ver a alguno de vosotros.

-Tú podrías habernos encontrado sin preguntar... si hubieras querido.

La mujer rió y movió la cabeza ante la observación del muchacho.

-¡Que inocente eres aún! ¡Dios te bendiga!. ¿Acaso crees que no necesito utilizar el teléfono o el tren?. ¿Crees que esa es la finalidad de tantos años de trabajo?. Sigue desayunando...

El chico bajó la cabeza confundido.

-¿Quieres una naranjada? -Le preguntó, señalando con la mano la jarra que habían dejado sobre la mesa.

Entraron en el recinto. La gente seguía desayunando sin prestar mucha atención a la recién llegada. Se quedó de pie junto a la cristalera, de espaldas al jardín. Shamil reía con cara de felicidad y ella le sonreía con agradecimiento. Sus ojos, sin embargo, volaron un instante hacia el hombre que, sentado frente a ella, la miraba con gesto aparentemente inexpresivo. Ella lo miró también con simulada indiferencia. La niña los miraba a ambos alternativamente, ahora fijaba su vista en uno, luego en la otra. El aire se cargó como en un día de tormenta. Shamil tuvo la sensación de que ninguno de los allí presentes era real. Las dos únicas personas reales eran aquel hombre y aquella mujer. Si existían dos vínculos eternos e ahí uno de ellos.

Aunque cesaran de crecer las espigas y perdiera su flor el limonero. Aunque se desataran los vientos y los mares rompieran sus diques. Aunque el sol se apagara y la última luna cayera sobre la tierra. Aunque todo eso sucediera, ellos seguirían siendo uno.

Realmente –pensó Shamil- nadie conoció jamás a la mujer que había llegado y que salía por las tardes a través de los patios en flor. Cuando sus amigos hablaban de ella, las cosas que decían se podrían haber dicho de cualquiera. Nadie sabía de quien hablaban. Ahmara fue un eslabón más de la cadena, igual que cualquiera de ellos podría serlo sin que los demás lo supieran, e incluso ni ellos mismos. Y ese hombre, que era su amigo y que ahora permanecía silencioso, era la ola entre las olas, la que ella tomó para anegarse.

-¿Puedo hablar contigo un momento? -preguntó Ahmara dirigiéndose a Sufan.

-Sí, claro -contestó él. ¿Salimos al jardín?.

Ahmara se levantó y echó a andar hacia el arriate de rosas blancas. Apenas quedaba alguna.

-Otra vez nos reencontramos -dijo la mujer-. Ha pasado mucho tiempo...

Sufan callaba, aparentemente desconcertado, o, tal vez, esperando a ver en quedaba aquella afirmación sorprendente.

-Te reconocí enseguida. Has guardado mucho del que fuiste.

-Sí -contestó al fin Sufan- ¿Es importante?

-Depende.

-¿Me conoces de verdad? -preguntó de nuevo él.

-¡Oh sí!. Te conozco muy bien. Hace mucho tiempo que tengo una deuda contigo, por eso te traigo una joya como no la tiene ningún soberano en el mundo.-Le contestó mostrándole un objeto pequeño que llevaba envuelto en un pañuelo de seda.

Sufan lo cogió de entre los pliegues de la seda y lo observó detenidamente, después, se lo llevó a los labios y lo besó; seguidamente lo guardó, con enorme cuidado, en uno de los bolsillos de su chaleco. Se miraron y echaron a andar hacia la casa sin decir nada más.

Él no lo supo entonces, pero cuando en la fiesta, absorto en su ebriedad, derramaba el vino, lo derramaba sobre ella, que lo tomaba aún sabiendo que en él estaba su aniquilación. Durante el sueño le enviaba mensajes inequívocos de que pensaba en ella.

-Ni tú eres, ni nosotros somos -le dijo Ahmara sonriendo cuando llegaron a la galería.

Shamil se sorprendió al oír la voz de la mujer, pero no contestó. Sonrió y volvió la cabeza hasta donde estaba la niña.

La niña parecía que miraba al horizonte, en su cara había una expresión de ausencia por la que estaba seguro que no estaba mirando nada, ni viendo nada, su visión era el vacío. Con esa seguridad se sentó junto a ella y se limitó a observarla lo más atentamente posible, para no perder ni siquiera un parpadeo, ningún gesto. La niña no se movió, su mirada seguía al frente.

-¿Qué miras?

La voz de la niña sobresaltó a Shamil.

-Pensaba que no me veías.

-Y no te veía.

Contestó la niña, mirándole con una expresión extrañamente adulta. A veces el muchacho creía estar ante una anciana disfrazada de niña, pero luego la veía jugar y aprender a realizar las tareas cotidianas, como cualquier niña de su edad. Pensó que un alma muy antigua estaba en ella.

-Siéntese.

Uno de los muchachos acercó una silla a Ahmara...

-Gracias.

Contestó la mujer, mientras colocaba la silla de forma que no diera la espalda a nadie. Se sentó de forma que podía abarcar a todo el grupo con una sola mirada.

-¿Quieres desayunar?.

-No, gracias. Tomaré un vaso de agua. El camino ha sido largo.

Julia se acercó con al agua.

-Gracias Julia.

-¿Me conoces?

-Si.

-¿De dónde?

-Que más da... -contestó Ahmara evasivamente.

La gente siguió desayunando y hablando, como habían hecho unos momentos antes. Todo sucedía como un fluir. Nada parecía nuevo ni sorprendente a pesar de lo extraño de las situaciones y de las conversaciones.

Pasó el día veloz. Apenas puesto el sol, llegaron todos envueltos en sus mantos. Entraron en una sala octogonal y se sentaron, se llenaron las copas y bebieron. Y hubo lámparas encendidas, y alfombras tendidas y perfumes de incienso y sándalo.

Durante muchas horas, estudiaron la geometría y la ciencia de los números.

Capítulo 7: La mayor maravilla

*Feliz la hora en que nos aposentamos
en el palacio, tú y yo
con dos formas y dos figuras pero una sola alma,*

*tú y yo.
Los colores de la arboleda y el canto
de los pájaros dan la inmortalidad.
A la hora en que entramos en el jardín, tú y yo.
Tú y yo, individuos nada más, nos mezclaremos
en éxtasis,
dichosos y a salvo de estúpidas charlas, tú y yo.
Ésta es la mayor maravilla, que tú y yo, sentados
en este mismo rincón,
estemos a la vez en Irak y Khorasan, tú y yo.*

Jalaluddin Rumi

El agua del surtidor caía con fuerza sobre el mármol. Bajo la luz de la luna, el suelo mojado brillaba como la plata. Las ventanas que daban al patio estaban entreabiertas y por ellas entraba un aire fresco que olía a algas. Las cortinas de algodón, que había colocado Julia, ondeaban suavemente. Unas notas de música se oían por toda la casa. La habitación estaba en semipenumbra, mientras, fuera el calor golpeaba inmisericorde. Sentado sobre una alfombra, un hombre tocaba el violín y una mujer –sentada junto a él- murmuraba una y otra vez, casi imperceptiblemente, el Nombre más hermoso. Sobre ellos se derramaban los dones y las tribulaciones.

Julia, en la oscuridad del pasillo, permaneció quieta y silenciosa observando la escena. Los miró sorprendida y cogiendo su manto, se lo echó sobre los hombros.

-¡Hace frío aquí!. ¡Habrán abierto algo!.-Murmuró Julia para sí, y salió del corredor envolviéndose bien para evitar el frío. Cuando volvió la vista atrás, no vio a ninguno de los dos y apresuró el paso sumida en un mar de dudas y temores. Tuvo la sensación de que había asistido a algo irreal. Creyó haber visto a una persona desdoblada en dos, que a su vez no pertenecían a ningún mundo que ella conociera. Aquella noche fue la más larga del año.

En ese momento, la vela que alumbraba a Shamil, se apagó como si alguien la hubiera soplado desde muy lejos.

Desde el patio solo se veía alumbrada una ventana, aquella de la que salía la música.

Llegaron a entrar en un círculo sin tiempo.

Epílogo

Los peregrinos caminaban casi febrilmente, no descansaban nunca. Los pocos árboles que bordeaban el camino, no eran suficientes para proteger a la gran masa de gente que marchaba hacia un destino común. De vez en cuando se podían distinguir pequeños grupos de personas que aparentemente pertenecían a una misma familia o tal vez fueran amigos. Sonreían y se pasaban el agua de unos a otros casi con reverencia.

Las sandalias tropezaban con las piedras. Los guijarros del camino se clavaban en las suelas y provocaban dolorosas heridas.

Al caer la tarde, la marcha se paraba y por todas partes se podían ver personas descalzas untándose los pies con ungüentos y pomadas, había quienes, sorprendentemente, tenían los pies sin señal

alguna, aunque si acusaban el cansancio. El polvo del camino los hacia parecer un ejercito de fantasmas. Los mantos de algunos de ellos, ondeaban al viento como estandartes. De uno de los grupos, se separó un anciano alto y enjuto, con el cabello canoso y la frente amplia. Llevaba unas gafas de cristal oscuro, pero que era evidente que estaban graduadas. Bajo el brazo, transportaba la funda de un violín bastante ajada. Caminó hacia el horizonte. De otro de los grupos, una mujer vestida de azul, anduvo de prisa hasta situarse junto al hombre. Caminaron hacia el horizonte dorado por las luces del atardecer, hasta que de ellos solo se vio un velo de seda azul claro que el viento se llevó arriba, muy arriba.

Una tarde en la que el sol teñía de oro las estrechas callejas de un pueblo muy lejano, el aire se llenó con los gritos y risas de un tropel de chiquillos que, sosteniendo en sus manos cuadernos y lápices, bajaban corriendo por una de ellas. Un hombre de cabellos grises, barba cuidada y ropa oscura, saltó rápido hacia la acera para hacerles paso. Los observó con curiosidad y alegría. Los chiquillos no le prestaron ninguna atención, a pesar de su aspecto claramente extranjero. Detrás de ellos, una anciana reía también mientras sujetaba un libro en una mano y con la otra movía, como saludando, una ramita verde con jazmines. Al llegar a la altura del hombre se detuvo y lo miró fijamente.

-¡Shamil!

El Extranjero, colocándose unas gafas, miró de nuevo a la anciana. Dudó unos segundos.

-¿Ahmara? -preguntó con un susurro.

En ese momento, uno de los chiquillos se acercó a ellos corriendo y levantó hacia la mujer la funda vieja de un violín.

-Se lo ha dejado en clase...

-Gracias. Ahora, ve con tus compañeros a jugar.

La tarde seguía cayendo y las voces de los niños se alejaron rápidamente como arrastradas por el viento.

El pájaro Simurgh voló sobre ellos y la noche cubrió con su manto azul la ascensión de la luz brillante. Un mar infinito de soles, como un torbellino, creció expandiéndose sin cesar.